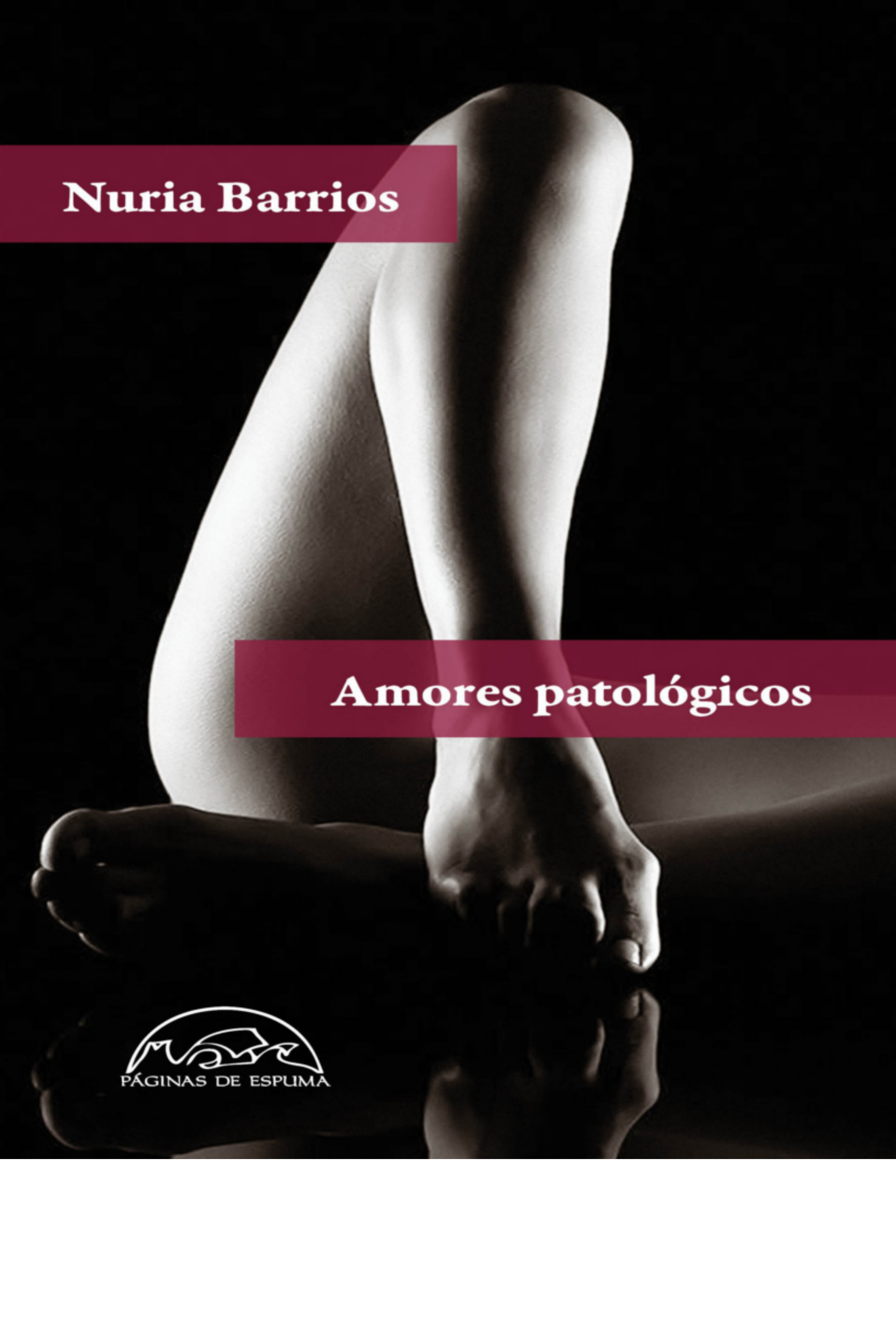

Nuria Barrios
Amores patológicos
PÁGINAS DE ESPUMA

AMORES PATOLÓGICOS

NURIA BARRIOS

Edición revisada por la autora



Nuria Barrios, *Amores patológicos*
Primera edición digital revisada: octubre de 2023
ISBN epub: 978-84-8393-702-0

© Nuria Barrios, 2023
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2023

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Colección Voces / Literatura 349

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.° izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Para Tomás,
por el principio, desde el final

Y los que más se aman habitan cerca,
languideciendo
sobre montañas muy separadas.

Hölderlin, *Patmos*

NUNCA DIGAS DE ESTE AGUA NO BEBERÉ

Cada libro, una vez terminado, se vuelve extraño. Es preciso olvidarlo para escribir el siguiente, para adentrarse en un universo distinto. Yo cierro mis libros tan pronto acaba su promoción. Viví en ellos, he salido de ellos. Me resulta difícil leerlos de nuevo. Es una dificultad no solo emocional, sino también física porque la escritura requiere del cuerpo, y lo reescribe, y lo agota. Pero nunca digas de este agua no beberé. La editorial Páginas de Espuma reedita ahora *Amores patológicos*, mi primera obra, veinticinco años después de su publicación. Mi editor, Juan Casamayor, me invitó a hacer los cambios que considerara necesarios, si lo creía necesario. En un momento personal de aguas muy revueltas, donde fin e inicio se confundían, la noticia me causó una gran alegría y también bastante inquietud. *Amores patológicos* tuvo críticas excelentes cuando se publicó en 1998. Todavía hoy me preguntan por él. Y, sin embargo, la idea de releerme y, sobre todo, la posibilidad de intervenir en el texto me desasosegaron. ¿Quién era yo hace veinticinco años? Lo había olvidado. Envejecemos aferrándonos al presente, obstinados en poseer una identidad sólida, negando el cambio. Soy quien fui y quien seré, nos decimos. Y es cierto. Y no lo es.

Cuenta Zadie Smith que, en una cena, se sentó junto a un joven novelista portugués y le comentó que tenía la intención de leer su primera novela. Él le aferró la muñeca y le suplicó: «¡Por favor, no lo hagas! En aquella época yo solo leía a Faulkner. No tenía el menor sentido del humor. ¡Dios mío, qué distinto era!». Al leerlo me reí. La angustia del joven portugués iba más allá de su novela; su verdadero temor era ser identificado con el debutante que ya no era y de quien se avergonzaba. Me reí de él y también de mí, porque su intranquilidad no me era ajena. A pesar del buen recibimiento que tuvo *Amores patológicos* cuando apareció, no sabía cómo habría envejecido. O, más bien, debería decir cómo habría envejecido yo. Los años transcurridos, la vida vivida, los libros escritos me habían convertido en otra. ¿Y si me sucedía como al escritor portugués y repudiaba a la que fui?

No obstante, más fuerte que mi miedo fueron las ganas de recuperar mi primer libro, de verlo en las librerías, de rescatarlo del limbo de los títulos descatalogados y traerlo de nuevo al mundo de los vivos.

Amores patológicos fue el inicio de mi camino literario. Quizá todo comenzase antes, pero no sé identificar cuándo ni cómo nació mi deseo de escribir. Aquel libro, sin embargo, es algo físico, concreto. En una casa distinta a aquella donde nació, en una vida muy diferente, abrí mi ejemplar y entré en un mundo febril, apasionado, excesivo, atento a la exploración del cuerpo como lenguaje del eros. Seguí el hilo narrativo donde lo imaginado y lo vivido, los sueños y la vigilia, se combinaban hasta confundirse. Escuché la música verbal de las historias, su melodía, su ritmo. Así sonaba mi voz, me dije como quien se escucha en una grabación antigua. Releer mi primer libro reveló ser un ejercicio de asombro, de humildad, de curiosidad, también de hospitalidad. Sentí extrañeza, pero también simpatía hacia la escritora que fui porque, gracias a su arrojo, yo había llegado hasta aquí.

Escribí *Amores patológicos* inmersa en un tránsito que cambió radicalmente mi existencia: salí de un amor para entrar en otro, arrebatado y desconocido. Escritura y pasión se unieron. Parí al mismo tiempo a mi primer hijo y mi primer libro. Las palabras canalizaron el torrente sentimental, aquel hermoso disparate, y crearon su propia realidad, su propio universo. Me disponía a reeditar *Amores patológicos* inmersa en otro tránsito existencial tan radical como aquel: con la misma intensa locura que apareció en mi vida, el amor arrebatado de entonces me devastaba mientras desaparecía. El círculo estaba a punto de cerrarse. De aquel amor moribundo, como del pulpo en los versos de José Emilio Pacheco, brotaba la noche y enlutaba el mar y desvanecía lentamente la tierra. Con su tinta sombría me adentré por segunda vez en *Amores patológicos.*

Reconocí algunas frases, determinados modos de expresar, cierta mirada sobre el mundo. Reconocí la energía, el humor. Reconocí excesos y defectos que he vigilado a lo largo de los años. Y descubrí que esas páginas seguían vivas, que la narración seguía respirando. Ese descubrimiento justificaba el trabajo. Me propuse corregir de manera que el oficio adquirido a lo largo de los años no sofocara el espíritu del libro. Lápiz en ristre, subrayé, taché, rodeé palabras, escribí interrogaciones en los márgenes, lancé flechas para conectar párrafos…

Decía la cantaora Fernanda de Utrera que cuando cantaba bien la boca le sabía a sangre. ¿Conseguiría yo editar *Amores patológicos* sin que perdiera su impulso, su poder turbador, su sabor a sangre? Al intervenir en el texto desde un espacio y un tiempo tan distintos a los de entonces, ¿lo mejoraría o mataría ese algo intangible y misterioso

que anima una creación?

En *La impostora*, mi último ensayo, había hablado ya de ese temor: «Tengo la posibilidad de corregir y cambiar, de añadir y eliminar, de dar nueva forma a los relatos (de *Amores patológicos*). Han pasado dos décadas desde su publicación. Releer significa, en realidad, colocarme delante de un espejo y ser testigo de los cambios ocurridos, interpretarlos y, al reescribir, convertirme en agente de los cambios por venir. Significa unir a la lectora, a la traductora y a la escritora para injertar en la lengua de entonces la de ahora, a la escritora que soy en la que era. Para revitalizar la escritura de entonces, evitando que pierda su audacia original. Releer, reinterpretar, reescribir, revitalizar».

El futuro reescribe siempre el pasado. *Amores patológicos* y *La impostora* dibujan un arco en movimiento. Aquel abrió el camino; este último le da sentido. Las críticas que recibió mi primer libro parecían anunciar el nacimiento de una prometedora autora erótica. O, como dice uno de los relatos, de una erotómana literaria. Antes de publicarlo, fantaseé con adoptar un seudónimo para moverme en el mundo de la literatura. Creía que presentarme con otro nombre me daría mayor libertad creativa al no estar atada a la versión oficial de mi yo, con sus responsabilidades, sus concesiones, sus inseguridades y sus formalismos. Tiempo más tarde comprendería que mi propio nombre era ya un seudónimo. Soy una y muchas distintas. Soy, ya lo era entonces, una impostora. En el pasado anida el futuro.

De *Amores patológicos* a *La impostora* han transcurrido más de veinte años de amor y sufrimiento. De dificultades y decisiones. De azar y trabajo esforzado. De precariedad y anhelo. De miedos y hallazgos. En ese tiempo no solo no he perdido el deseo de escribir: la escritura se ha convertido en el eje de mi vida. El temor que sentía ante la tarea era asimismo un reto. Cada libro explora lo desconocido e implica una transformación. Pero lo desconocido no solo está en el futuro, también está en el pasado. Releerse es abrir la puerta a una interpretación distinta, a una nueva metamorfosis. Es la mejor prueba del misterio que somos para nosotros mismos. En esa oscuridad habita la creación.

De niña vivía junto a un descampado que atravesaban un pastor y su rebaño todos los días. Por las tardes, cuando regresábamos del colegio, mis hermanas y yo bajábamos allí a jugar. En la tierra dura, cavábamos pequeños agujeros donde guardábamos una flor, una piedrecita, el trozo de una cinta, una moneda… Luego cubríamos nuestros tesoros con alguno de los fragmentos de vidrio diseminados por aquel erial y echábamos tierra encima. Repetíamos sin saberlo un ritual que mi madre había oficiado cuando fue niña. Tiempo después construyeron una calle con su asfalto y sus aceras, las ovejas dejaron

paso a los coches y el descampado desapareció. Siempre que paso por allí pienso que mi infancia sigue oculta y protegida bajo su improvisada cubierta de vidrio. Los libros son como esos tesoros: partículas de nuestra identidad, esquirlas de nuestra memoria, un mapa de nuestro ser.

¿Un texto es una fotografía de su autora? Lo es de alguna manera, pero ¿qué es una fotografía sino una ficción? Así sucede con la memoria. Recuerdo la excitación cuando escribía *Amores patológicos*, también la sorpresa cuando el libro fue cogiendo cuerpo. Recuerdo la inmersión. Recuerdo cómo lo demás se desdibujaba. Recuerdo ese estado psíquico de estar ausente y plenamente presente. Recuerdo la experiencia de romper el cerco, de desplazar las fronteras de mi ser, de sentirme viva. Recuerdo la impresión de plenitud. Recuerdo la incertidumbre. Recuerdo el vértigo.

Descubrí que para encontrarme había de perderme.

Roland Barthes fijaba en veinticinco años el período de vida de una traducción. Cada versión da nuevo ímpetu al texto. Quién sabe si veinticinco años es asimismo el intervalo necesario para releer una obra propia e intervenir en ella. Cuando transcurra ese tiempo tal vez abra mi último libro, *La impostora*, que ahora me es tan cercano, y me resultará ajeno y experimentaré la misma sorpresa que al releer *Amores patológicos*.

No quiero terminar sin dirigirme a vosotras, a vosotros, que ahora tenéis los primeros relatos que escribí entre las manos. La literatura no es fabulación, sino confabulación. Al editar *Amores patológicos* me he reapropiado de un texto que solo fue mío hasta que lo entregué a la editorial. A partir de ese momento me perteneció a mí tanto como a las personas que lo leyeron. Por eso, porque el libro es suyo tanto como mío, quisiera que supieran que he intentado ser tan exigente como cautelosa para revitalizarlo sin dañarlo. En caso de que ahora me estéis leyendo, espero que os guste. Si aún guardáis el ejemplar primitivo, tendréis algo similar a una edición bilingüe, pero en este caso las dos lenguas enfrentadas son las del tiempo. La lectura que haréis hablará tanto del texto como de los cambios que asimismo habéis experimentado. A las nuevas lectoras, a los nuevos lectores les doy la bienvenida. Por mi parte, acabado el trabajo, es hora de colocar en la librería de casa mi ejemplar editado de *Amores patológicos*. Aguardo con curiosidad cómo lo leeré más adelante. Quién seré yo entonces. Qué habrá sucedido entre tanto. Ni pasado ni futuro están cerrados.

Ya hablaremos dentro de veinticinco años.

UNA SUCIA VENGANZA

A Femando lo tiré al lago de la Casa de Campo hace dos meses. En una urna herméticamente cerrada, como me había pedido. Lo entregué cadáver a la funeraria y me lo devolvieron reducido a limpias cenizas en una caja de bronce con relieves griegos bordeando la tapa. Fernando mismo la había elegido.

Cuando supo que iba a morir, se acercó a mí y me susurró unas palabras al oído. Después me cogió la mano y, juntos, fuimos en busca de su deseo. Era la primera vez que salíamos en mucho tiempo. Le gustó aquella urna porque era grande y, sobre todo, porque la tapa era firme y, según el vendedor, infranqueable. La dejó allí, tras pagarla, con el encargo de que grabaran en una placa negra su nombre y las fechas de nacimiento y muerte tan pronto como yo les llamara. Así ocurrió.

Mi marido murió tras una vida dedicada a buscar lo que no sabe, lo que no huele, lo que no mancha… Era un escrupuloso tiránico que analizaba cada hoja de lechuga antes de comerla, se lavaba los dientes cada vez que se llevaba algo a la boca, se enjabonaba las manos sin descanso y no se desplazaba sin un completo neceser donde nunca faltaban los bastoncillos, el algodón, el alcohol y la lejía. Sus inspecciones siempre culminaban con éxito. «¿Ves? ¡Te lo dije!», declaraba, mientras señalaba con orgullo el pulgón en la ensalada.

Cuando yo le conocí ya tenía algunas rarezas. Recuerdo la primera vez que me besó. Habíamos ido al cine a ver *Tal como éramos*. Robert Redford estaba abrazando a Barbra Streisand, cuando Fernando colocó su brazo sobre mis hombros. Cuando me volví a mirarle, nos besamos. Fue un beso largo, con los labios ansiosos y las lenguas desorientadas.

Al separarnos, me dio un caramelo de menta y se metió otro en la boca. «Chúpalo bien. Es para limpiarnos», me susurró con una sonrisa. Luego sacó del bolsillo una toallita de colonia, de esas que te dan en los trenes y en los aviones, y se frotó con energía los labios. A mí, la verdad, me hizo gracia.

No sabía lo que me esperaba.

No tuvimos hijos. La oscuridad húmeda de mi vagina le aterraba. Solo una vez consintió en correrse dentro de mí. Aún recuerdo su cara de pánico. Pasó varios días examinándose el pene en espera de una

señal fatídica: hongos, una erupción genital, parásitos… Cualquier manifestación patógena. Aunque nada le sucedía, acudió a un urólogo que, al escucharle, antes incluso de pedirle que se bajara los pantalones, le preguntó con sorna:

—¿Dónde la habrá metido?

Aquella frase marcaría nuestra vida conyugal. A pesar de que los análisis fueron negativos, Fernando se negó a partir de entonces a hacer el amor conmigo sin preservativo. Empezaba la siguiente etapa de mi martirio sexual.

Jamás se fio de la esterilidad de los condones. Para empezar, no eran herméticos y, según él, apestaban. Se restregaba el pene con saña antes y después de colocarse la goma y me obligaba a lavativas continuas. Antes de hacer el amor, introducía su nariz entre mis piernas y me olisqueaba como un perro de caza. Al final vendimos la cama de matrimonio, compramos dos individuales y no volvió a tocarme.

Fernando sufría. Fernando era un hijo de puta. Le bastaron 15 años para destrozarme la vida. Yo olía, sabía y manchaba. Si decidió no separarse de mí fue porque me necesitaba. Era su enfermera. Cuando estábamos en casa de amigos, yo iba siempre al cuarto de baño para avisarle si estaba «visitable». Ninguno lo estuvo jamás para mi maniaco, que debía aguantar estoico las ganas hasta que volvíamos a casa. No pasaría mucho tiempo antes de que decidiera dejar de salir.

Nuestra casa era una burbuja estéril. Como nuestra vida. Fernando prescindió de la chica que venía a limpiar alegando que contaminaba por donde pasaba. Me costó despedirla. La pobre había aceptado todas nuestras exigencias, incluidos los guantes, el gorro de plástico y los cubrezapatos desechables, que debía colocarse en cuanto entraba. Limpiaba con amoniaco y cuando no tenía más remedio que hablar con Fernando se cubría la boca con una mascarilla. Se marchó, pero antes nos dejó un regalo. No sé qué momento aprovechó, porque ni él ni yo nos dimos cuenta, pero defecó en medio del pasillo.

Nuestros amigos dejaron de venir a nuestra casa. Las primeras en rebelarse fueron las mujeres, que se negaron en redondo a cubrirse el cabello con el ridículo gorro que les ofrecía Fernando en cuanto abría la puerta. Ellos acabaron cediendo a las protestas de sus parejas, hartas de tanta rareza higiénica. Todos le llamaron loco e intentaron persuadirme para que le abandonara. No pude.

Me quedé a solas con el hombre estéril.

Un escrúpulo mató a Fernando. Cada vez sentía más asco hacia la comida y no toleraba su última fase: la deposición. El estreñimiento le hacía feliz y tomó la determinación de reducir su alimentación. Su obsesión llegó a tal punto que un día dejó de comer. Cuando aceptó que llamara al médico era demasiado tarde. Estaba en las últimas.

Su muerte fue rápida. Al salir del crematorio caí en la cuenta de que Fernando no me había indicado dónde quería que depositara la urna. Con las cenizas en el bolso negro, me dirigí a casa. Cogí el metro y bajé en la estación de la Casa de Campo. A la izquierda descendía el camino hacia el lago. Era domingo.

El cielo estaba encapotado y el agua del estanque parecía un paño oscuro. Pagué un billete y monté en la barcaza junto a una legión de padres e hijos cargados con bolsas de palomitas y pedazos de pan duro para las carpas. Cuando vi que nadie me prestaba atención, saqué la urna del bolso y la tiré al agua. Fernando me había hecho jurar que no abriría la tapa. Le repugnaba la idea de que sus cenizas se esparcieran por el sucio espacio.

Durante los días que siguieron llovió con intensidad. Uno de los muros de contención del lago no resistió y el agua encontró su camino y desembocó en la M—30, el gran río de asfalto de la ciudad. Incapaz de apartar de mi cabeza la imagen del estanque seco, anoche regresé a la Casa de Campo. En el enorme círculo vacío donde antes navegaba la barcaza había un par de camiones entre montañas de fango apiladas aquí y allá. Me quité los zapatos y con los pies hundidos en el barro busqué la urna.

La encontré junto a la caseta de madera de los patos. No sé qué me pasó. Aferré una piedra y empecé a golpearla hasta que saltó la tapa. Allí estaban las cenizas estériles. Volqué parte en la palma de mi mano: en la oscuridad, Fernando relucía como un ratoncito gris. Deseé encontrar un gato. Miré alrededor, muy cerca de mí un pato dormía con la cabeza enterrada bajo el ala. «Pato», dije en voz baja. «Pato, pato…», repetí más alto. El animal irguió el cuello, se puso en pie y se aproximó. Le tendí la mano con las cenizas de Fernando. En cuatro picotazos las engulló. Antes de irme, levantó la cola y cagó.

EL RETORNO DE FERNANDO

Soy viuda desde hace dos años. En todo este tiempo, ni un solo momento he olvidado a Fernando. Desde que murió solo hago el amor los días de la menstruación. No me ha sido difícil encontrar amantes. Los cito en plena hemorragia. Nada me sabe mejor que sus besos de sangre y semen coagulado, como cuajos de leche con fresa. Nada huele mejor que el aire que nos rodea cuando acabamos de follar.

«¡Julia!», suspiran ellos, y mi nombre asciende victorioso entre el olor a sudor, a sangre, a saliva, a semen. Todos los fluidos que empiezan por «s». Como suciedad.

El pasado todavía me atormenta. Hay un sueño que se repite a menudo: entro en la habitación de mi marido y le sonrío. Al ver mi boca entreabierta, él vuelve con disgusto la cabeza, temeroso de un aliento cargado de bacilos. Por más que intento dejar de sonreír, no puedo. Me despierto con la boca dolorida y la cara congelada en una mueca. En los últimos años, Fernando ni me tocaba. Aunque nunca me lo dijo, yo le daba asco.

¿Soy feliz ahora? ¿Qué significa ser feliz? Cuando pienso en él pisoteado, flotando en el lodo y el agua pestilente del lago, siento un calorcito muy agradable por dentro. No he conseguido derrotarle en mis sueños y, sin embargo, a mi manera he ganado la batalla: nada queda de la burbuja estéril que construyó en torno a nosotros. En el extremo de su limpieza despótica empieza la vida impura de su puerca viuda.

Me gustan el sexo, las manchas en la ropa, las uñas con roña, hurgarme la nariz, dejar la pasta de dientes abierta, pasear descalza por la casa para sentir cómo se pegan y se despegan mis pies en el suelo pringoso, las gotas secas de pis en la tapa del retrete y los pelos en el lavabo. No me gustan los desinfectantes, los bastoncillos, la lejía, el amoniaco, la peste a lavanda, a pino o a limón.

A mi vecina se le saltan las lágrimas cuando nos encontramos en el rellano. La portera me mira con rostro espantado cada vez que nos cruzamos. Creen que la muerte de Fernando me ha vuelto loca. Quizá por eso ninguna de ellas ha dicho nada sobre los patos que tengo en casa. Compré uno en homenaje al que se comió a mi marido en la Casa de Campo. Se zampó las cenizas de la urna y luego levantó la

cola y cagó. Con un solo movimiento intestinal acabó con 15 años de tormento conyugal. Luego compré otro pato para que hiciera compañía al primero. Ahora tengo cuatro.

Adoro ver a mis bichos lanzarse sobre los barreños de agua y de comida, derribarlos y, con el engrudo en las patas, correr por el pasillo mientras aletean con furia. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Cada aleteo suena a un grito triunfal: ¡Zas! *¡Jódete, Fernando!* ¡Zas! *¡Jódete, Fernando!* ¡Zas! *¡Jódete, Fernando!*

Pero ese alegre escándalo de plumas, carreras y chapoteos que se arma en cuanto introduzco la llave en la cerradura de la puerta no consigue tranquilizarme desde el lunes pasado. Había salido a cenar con unas amigas y regresaba a casa cuando creí verle. Estaba dormido en un banco, con la cabeza apoyada en una caja de fruta vacía. Vestía una camisa blanca y pantalones oscuros, la misma ropa que llevaba la última vez que salió de casa para ingresar en el hospital. Me sentí morir. O era una aparición o estaba delirando. Pero si se trataba de un mendigo, a un mendigo no le brillan los zapatos.

Los últimos clientes del bar de la esquina bebían sus cervezas sentados en la acera. Temblando, me aproximé al banco. «¿Fernando?». El tipo se despertó. «¿Qué?», gruñó, «¿qué quiere?». Ni era una aparición ni estaba delirando: no era Fernando. «Perdone, solo quería saber s… s… si necesita algo», tartamudeé. La expresión del hombre se dulcificó. «No, gracias. Vivo aquí cerca, pero con este bochorno no hay quien pare encerrado». Me miró con curiosidad y añadió como si quisiera calmarme: «En cuanto refresque, me voy».

Desvelada por la zozobra y el calor, me tumbé desnuda en el suelo del salón. Los patos se acercaron y empezaron a jugar. Aleteando subieron encima de mí, me mordieron los pezones y los dedos de los pies, se enredaron en mi pelo… Al sentir cómo picoteaban mi sexo, cerré los ojos y me sentí protegida de los falsos Lázaros. Mi marido está muerto, me dije. Está muerto. Muerto. Amanecía cuando por fin me dormí.

Desperté a media mañana. Los cuatro patos estaban acurrucados contra mí, como ángeles velando a María Magdalena. Recordé a Fernando y la angustia de imaginarlo vivo me atenazó de nuevo. Igual que había hecho hacía dos años con sus cenizas, fui a la Casa de Campo. Esta vez no llevaba la urna en el bolso negro, sino en el corazón.

El cielo estaba azul, el sol brillaba, el aire olía a la carne a la brasa que servían en los quioscos de la orilla y la gente reía y charlaba a mi alrededor. Monté en la barcaza. «Fernando, déjame en paz», rogué en silencio. A pesar del aire liviano y transparente, el agua se veía extrañamente turbia. Solo algún fulgor perezoso rompía su opacidad. «No llores», me dijo un niño que estaba sentado a mi lado y me ofreció

pan duro para echar a los peces. Me sequé las lágrimas, cogí su regalo y lo lancé a los patos como una ofrenda. El pan flotó en aquel cenagoso espesor unos instantes antes de hundirse.

Cuando la barcaza se acercaba al muelle una carpa surgió del estanque con la enorme boca abierta y los ojos redondos fijos en mí. Tenía la mirada de Fernando.

LA LLORONA

Me llamo Adela, aunque en el barrio todos me conocen como La Llorona.

Da igual que esté contenta o triste, siempre tengo los ojos llenos de lágrimas. He acudido a oculistas, a psiquiatras, a curanderos… En la parroquia de Santa Gema, un cura me aseguró que el exorcismo era mi única salvación. Su ardor me dio miedo y empecé a peregrinar por otras iglesias en busca de nuevos remedios: penitencias, rosarios, novenas, limosnas, lo que fuera, salvo un exorcismo. Nada ha servido para nada. Nadie ha conseguido que pare de llorar.

Carlos, mi novio, se marchó de casa hace meses. Me dijo que estaba harto de que le mojara las camisas, que no quería un futuro bañado en lágrimas, que lo deprimía. Lloré. Habría llorado igual si me hubiese pedido que nos casáramos.

Lloro de día y de noche. Sueño que llueve a cántaros. Sueño que el asfalto es un torrente negro donde saltan las carpas bajo la luz anaranjada de las farolas. Sueño que por las rejas de las alcantarillas asoman las aletas de los marrajos. Sueño con cataratas donde acuden a purificarse las gitanas del barrio. Se introducen en el remanso que se forma en la base de la cascada y salen cubiertas de plata.

Mis lágrimas nocturnas se convierten en lluvia, en torrente, en remanso. Me despierto con la almohada mojada, el pelo pegado a las sienes y mi carne convertida en barro. En la duermevela, sobre todo ahora, en verano, cuando el calor acaricia mi cuerpo desnudo con su mano incandescente, lucho por no cerrar los párpados por temor a transformarme en charco y evaporarme.

Mis problemas comenzaron como una reacción alérgica a los productos de limpieza que utilizaban mis vecinos, Fernando y Julia. Nuestras ventanas dan al mismo patio y por allí se colaba un olor penetrante a sosa cáustica, a amoniaco, a lejía… Cuando él murió, aquel tufo desapareció, pero ya era demasiado tarde: para entonces mis ojos lagrimeaban sin descanso.

Los sueños cambian, pero hay uno que se repite desde que me dejó Carlos. Nos alejamos el uno del otro. Lloro yo y también llora él. Nuestras lágrimas abren dos surcos a nuestra espalda. Las suyas tienen un color oxidado, como el agua que sale de los grifos cuando no se

han abierto en mucho tiempo. Las mías son azules. Los surcos se unen, como dos afluentes, en una pequeña zanja que empieza a crecer y crecer.

Noto los pies húmedos y, al darme la vuelta, la zanja se ha convertido en alberca y mi novio está en el otro extremo, mirándome asombrado. El agua es azul en mi lado y oscura en el suyo. Nos zambullimos y nadamos a toda velocidad hasta encontrarnos y nos abrazamos y nos besamos. Con cada beso cae tierra al fondo de la piscina, el agua turbia se vuelve clara y Carlos se deshace entre mis brazos.

Me acuesto con la esperanza de que cuando despierte estará a mi lado, acariciándome la cara como hacía cuando empezamos a vivir juntos. Pero nunca está. Ay, si mis sueños pudieran traer junto a mí lo deseado. A veces creo que no lloro su ausencia, sino su muerte. Acurrucada en la cama, me duele tanto el corazón que pienso que se ha transformado en un sumidero que arrastra todo y a todos. Mi amor ya ha desaparecido y rezo para que un día desaparezca yo.

Hoy, Julia, la viuda de Fernando, ha perdido uno de sus

patos. Por la noche la he oído llorar desconsolada. Arrullada por ese sonido tan familiar, me he quedado dormida hasta que un estruendo repentino me ha despertado. Del salón venía un fuerte aleteo. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Medio atontada por el sueño, he ¡do hacia allí. El suelo era un charco de vidrios rotos y flores aplastadas. Del jarrón que había en la mesa ya no quedaba nada. Un pato se ha acercado a mí bamboleándose y ha empezado a picotearme los dedos de los pies hasta que lo he cogido en brazos. Debe de haberse colado en casa por la ventana del patio. He llorado del susto. He llorado de la sorpresa. He llorado porque no puedo dejar de llorar.

¡Qué calor! Esta noche dormimos en la bañera, ¿qué te parece, pato?

* * *

Adela soñó con Carlos. Se alejaban el uno del otro, pero esta vez, cuando se giró, él siguió su camino. Lloró y lloró y lloró, mientras Carlos se iba haciendo más pequeño. A la mañana siguiente, los vecinos se dieron cuenta de que el líquido que caía por la escalera procedía de su piso. Alarmados, llamaron sin tener respuesta. Cuando los bomberos echaron abajo la puerta, la encontraron sumergida en la bañera, ahogada. Su largo pelo había obstruido el desagüe. Los ojos abiertos de Adela parecían mirar al pato que, con la cabeza escondida en un ala, flotaba dormido sobre ella.

UNA MUERTE DE ENSUEÑO

Adela muerta y yo sin pegar ojo. ¡Me cago en la hostia! Y encima con el pato de los cojones que me endilgó su vecina. ¿No se me acerca el día del funeral y me planta el puto bicho en los brazos? Y venga a gimotear que ese pato era muy importante porque se había comido a su marido. Y, de repente, le cambia la expresión y me suelta entre dientes: «Espero que el alma de ese cabrón se haya quedado atrapada en un vertedero». ¡Vamos, no me jodas!

Pues ahí no acaba todo. Por lo visto me había tocado el gordo porque el animalito una vez se perdió y lo encontró mi novia. ¡Mi exnovia!, me daban ganas de gritarle a la vieja loca. Y en plena *movie* coge el pato asesino y se caga en el puto traje negro que me había prestado el Congrio.

Pero ¿es que estamos todos grillaos o qué? Porque el fuerte de Adela no eran precisamente las neuronas. Todo el día llorando y soñando con agua, con piscinas, con aguaceros, con yo qué sé. Y va y se ahoga. ¡En sus propias lágrimas, no te digo!

Yo estaba hasta los huevos de sus lloros. Parecía la Macarena, solo faltaba que la sacaran en andas en Semana Santa. ¡Si es que con una tía así no se puede ir a ninguna parte, coño! íbamos a una discoteca y la tronca llegaba llorando a la puerta. Claro, los gorilas que si qué-le-has-hecho-a-tu-novia, que si un-día-te-voy-a-partir-los-morros-como-vea-que-la-tocas-hijo-puta. Ella lo negaba todo, que no es así, que él no me ha puesto la mano encima, que tengo una enfermedad en los ojos. Pero no te coscabas de nada entre los hipos y los sorbetones. No sé si era tonta o se lo hacía. Y yo aguantando mecha. Los colegas no eran mejores. Les entraba el mal rollo y no se volvían a acercar el resto de la noche. Yo ya no era un hombre. ¡Era un pringao!

Bien que me jodió Adela. Un día le dio por llorar en sueños y a partir de entonces no hubo quien parara quieto. A las cuatro de la mañana me despertaba empapado creyendo que me encontraba en una sauna. La miraba y estaba llorando dormida. ¡Me entraban unas ganas de despertarla de un trompazo! Pero a ver quién la tocaba con esos lagrimones que le bajaban por la cara.

Dejé de dormir con ella. Gran drama.

—No me hagas esto, Carlos. Por favor, no me hagas esto.

Y venga lágrimas y más lágrimas. No-me-hagas-esto-no-me-hagas-esto-no-me-hagas-esto-no-me-hagas-esto… ¿Y yo qué, hostia? ¡Búscate un buzo, que yo ya no te quiero! Al final pasé de ella. Lo jodido es que el sueño también pasó de mí. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que sobé tres horas seguidas.

No conseguía pegar ojo. Pues si no podía dormir, aprovecharía esas horas para divertirme. Los colegas se enrollaron bien y venga timbas y copas y farlopa y lumis… Pero ninguno de esos cabrones aguantaba varias noches seguidas. Terminaban abriendo unas bocas como buzones y se abrían para casa de qué manera. Yo me volvía a la mía y encendía la tele, pero solo pillaba *Metrópolis* y cosas así. No me jodas lo raro que es el mundo a esas horas.

Me quedé tirado con todos los colgaos de España. Te digo que a más de un menda de esos que sacaba el Lobatón en el *Quién sabe dónde ya* lo había visto yo antes. Mis *bros*. ¿Que quién sabe dónde? Yo lo sé: en el ojo ciego del culo fétido de la puta noche.

Conocí a Susana y pensé que tal vez, con esa piba, el asunto se arreglaría. Nada. Follábamos como locos, pero yo seguía como una lechuza. Me daba igual, me bastaba verla dormida sin un solo gimoteo y con la cama seca. Era una pasada: ponía la cabeza sobre su vientre y luego subía despacito hasta las tetas para escuchar su corazón. Tam-tam, tam-tam, tam-tam. Cuando ella se despertaba yo seguía allí, con los ojos como platos, mirándola. Las primeras veces se asustó.

—¿Qué haces? ¿No duermes?

Terminó acostumbrándose. O claudicó. Yo qué sé. Cerraba los párpados y se volvía a dormir. Una noche la zarandeé para que despertara:

—¡Mira, bonita, aquí no soba ni Dios!

¡Si yo no podía dormir, que se jodiera y me hiciese compañía! Por supuesto no le dije eso. No dije nada. Estaba muy chungo, pero no había perdido la olla. Intenté convencerla de que dormía porque el rollo nuestro no iba bien y ella se escaqueaba así de los problemas. Me puse trascendente y le dije que se le estaba yendo la vida en el sobre, que antes de que se diera cuenta se habría muerto y no habría hecho nada… Le solté todo lo que se me ocurrió, pero también le dije la verdad: que me dejaba tirado. ¿Cómo se le puede decir a alguien que le amas y acto seguido dejarle más solo que a una mierda? Ella sobando tan a gusto y yo, a su lado, abandonado, mirando al vacío y escuchándola roncar. Cuando colocaba la cabeza en el espacio tibio que hay entre sus tetas ya no oía el tam tam de su corazón, sino ¡Que te den! ¡Que te den! ¡Que te den!

Ella decía que no se escaqueaba de nada, pero que se moría de sueño, que eran las dos, las tres, las cuatro, las cinco de la mañana. Parecía el Sabina ese de los cojones. Y venga a restregarse los ojos

intentando mantenerlos abiertos. A esas horas, por lo visto, la almendra no le daba para poder hablar conmigo. Eso sí, para que la dejara tranquila se ofrecía a darme un masaje, a prepararme una tila, a buscarme un Valium, a ponerme un güisqui, a encenderme la tele… Cualquier cosa con tal de que la permitiese seguir sobando. ¿Que el rollo nuestro no funcionaba? Ya hablaríamos al día siguiente.

¿Al día siguiente? ¿Y seguir soportando mientras tanto el *Metrópolis* ese? ¡Qué cojones! Yo la necesitaba entonces y no al día siguiente. Con el despertador llegaban los otros, las prisas, el trabajo. La rutina, tan puta, pero tan segura. Pero solo ella estaba a mi lado por la noche. Joder, no entendía que yo funciono 24 horas al día, 365 días al año. ¿Un masaje? ¡Vamos! Un golpe en la cabeza y acabamos antes.

A veces, se ponía a llorar. ¿A todas les da por lo mismo o qué? Cuando se calmaba, me decía que las lágrimas la agotaban y se quedaba frita. ¿Cómo hostia podía dejarme así, agonizando? Pues eso, que acabó dejándome. Y aquí estoy, agonizando.

La cabeza me da vueltas como un motor enloquecido, la luz me quema por dentro. Un día haré combustión y me moriré con los ojos abiertos como dos huevos escalfados, para joderme bien. No sé qué maldición me echó Adela, pero fuese lo que fuese se lo ha llevado a la tumba. Ojalá la muy puta siga llorando bajo tierra.

* * *

Carlos agarró una botella de vino y una caja de somníferos. Por cada pastilla pegaba un trago. Al final, hizo un montón con las píldoras que le quedaban en la palma de la mano y, de un golpe seco, se las metió en la boca. Como si fuera un tornillo, ajustó el cuello de la botella a los labios y se la ventiló, mientras oía muy lejana la voz de la presentadora de *Metrópolis:* «… uno de… más perturbadores… neociberafric…». Su cabeza cayó sobre la mesa con los ojos cerrados, como él quería, y una mueca de irritación.

AMOR, CALLA, NO HABLES

¡Ring!

—¿Sí?

—…

—¿Sí?

—…

—¿Sí?

—…

¡Otra vez! Siempre que cojo el teléfono y nadie contesta, lo primero que pienso es que te estás vengando, que eres tú, Carlos, quien está detrás de todo esto. Sé que es imposible, que es irracional, pero no sé cómo quitármelo de la cabeza. Lo dejo sonar hasta que el timbre me vuelve loca. Lo descuelgo y de nuevo solo oigo cómo respira el silencio. Pero ¿por qué me tengo que sentir yo culpable de tu muerte si ya no estábamos juntos? ¿Por aquella llamada?

Te había sacado de mi vida, mal que bien me había olvidado de ti y una noche… Una noche, de repente, me llamaste por teléfono. No dijiste más que idioteces, que *Metrópolis* te ponía a cien, que el día que conocieras a alguien que le gustara ese programa le ibas a partir la cara y luego el rollo de siempre sobre el pato que se había comido al vecino de una novia que tuviste. Te colgué. Me sentí bien. Controlando. Bastante tenía yo con mi propia historia como para hacer contigo de madre Teresa.

Poco me duró la euforia. ¿Yo, controlando? Colgué sin saber que aquella llamada era la de un francotirador. Veinticuatro horas después te suicidaste. Convertiste aquel clik final en el golpe del gatillo y a mí, en autora pasiva de tu muerte. ¡A mí, que no te veía desde hacía un siglo! Una putada típica de ti.

El caso es que, en lugar de maldecirte, me sorprendo pensando que me gustaría que fueses tú quien estuviera ahí, al otro lado, cuando suena el teléfono. ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! No hay mejor oído para desahogarse que el de un muerto. Te imagino como el brocal de un pozo donde vuelco mi historia con el tarado que ha dejado mi corazón para el arrastre. Mi historia:

Lo conocí en El Calentito, el garito de Jacometrezo. Entonces yo no sabía que se llamaba Pedro. En realidad, no supe nada de él durante

mucho tiempo. Tenía unos ojos grandes y oscuros que absorbían todo: su olor, su cuerpo, su boca, el local, a los otros y a mí en cuanto se fijó. Un aspirador visual.

Aún no sé cómo llegamos a un hostal del Centro, a una habitación redonda como una línea de fuego, con una cama desvencijada y una ventana que daba a una calle solitaria. Cuando me quise dar cuenta, él ya estaba encima de mí penetrándome. Aquel polvo me gustó. Me abracé a la almohada, mientras él se recostaba en la cama para encender un cigarro. Con la vista prendida en la brasa, le pregunté su nombre. Aplastó el cigarrillo contra el suelo y me acarició suavecito.

Me dijo: «Voy a darte un beso de amor en esa boca tuya que no habla». Separó con los dedos el pelo negro y aplastó sus labios contra mi sexo. Me dio un beso con lengua. Me supo rico. Antes de que pudiera reaccionar me había penetrado de nuevo. Cuando acabamos, enredados en el centro del círculo, le pregunté cuántos años tenía. Me dijo: «Voy a callar esa boca tuya que habla». Todo era lengua, saliva, dientes y, de repente, su polla que entra, que ya está dentro, muy dentro. Cuando salió, le pregunté si tenía pareja.

En la penumbra vi cómo le ardían los ojos. «¿No callarás?», me dijo. Me puso de espaldas, me sujetó las manos con fuerza y me penetró por detrás. Creí que sus ojos habían caído en mi ano y bailaban allí dentro como ascuas. Gemí, mientras él se removía dentro-fuera, dentro-fuera, dentro-fuera hasta que se derrumbó sobre mi espalda resollando. Le odié. Odié su rabo prodigioso, su fuerza, su silencio y decidí demostrarle que podía estar humillada, pero no vencida. Le pregunté si tenía hijos.

El tío se rio alto. Con cada carcajada, su cola se alzaba como si la estuviera preparando para izar una bandera de homenaje al macho. «Están todos aquí dentro», y señaló el mástil ya preparado. «Te los voy a presentar». Metió la polla en mi boca y me ordenó que la chupara. ¡Qué fenómeno! Yo pedía palabras y él me daba semen. Me tenía completamente fascinada. Chupé y chupé, mientras él me pellizcaba los pezones. Cuando se corrió casi me ahoga. Creo que fue en ese momento cuando naufragó mi cerebro.

Su semen sabía a leche condensada. Me relamí. Al ver mi gesto, él aseguró que estaba dispuesto a concederme un deseo. Debía de estar agotado, supongo. Le susurré mi fantasía al oído. Había aprendido su vocabulario y aquella fue la primera frase que pronuncié en su idioma.

Me cogió en volandas e introdujo la polla dentro de lo que ya era su funda natural, como el plátano y la piel, el boli y el capuchón, el sable y la vaina. Bailamos enganchados hasta que se hizo de día. Cuando la luz turbia del amanecer rescató el dibujo de las baldosas, aceleró el baile y, con un grito, se vació dentro de mí.

Me dejó en la cama, me besó con delicadeza el sexo magullado y se

marchó. En la habitación quedó flotando un olor intenso y picante, como de pólvora.

No llegué a saber quién era hasta mucho tiempo después. Nuestra pasión se alimentaba del anonimato. No teníamos nombre, ni edad, ni familia, ni amigos, ni trabajo. Solo un cuerpo para acariciar y un sexo para utilizar. Al despedirse me dejaba notas con el lugar de nuestra próxima cita. Firmaba con una frase: «No hables».

En uno de nuestros encuentros, mientras yo me masturbaba, colocó una mano entre mis piernas y me pidió que me lo afeitara. Me negué. Me disgustaba la idea de ver un coñito de niña coronado por unas tetas de matrona. Un monstruo tan feo como un enano cabezón. ¡Ni hablar! Además, estaba segura de que, tras el corte, los pelos crecerían con tanta fuerza que terminarían sobresaliendo de las faldas y los vestidos como un césped de alambres. ¡Que no! ¡Vamos, que no!

Esa noche me despertó el chasquido de unas tijeras y la sensación de que me estaban pellizcando el sexo. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me paralizó el miedo. Temí que me hundiera las tijeras en el cono si se irritaba y no dije nada. Tanto pedir silencio y resulta que la única boca que no habla estaba a punto de conseguir una lengua ortopédica de acero.

A la mañana siguiente le llamé desde la ducha y, de pie, le señalé los trasquilones. Él negó toda responsabilidad y se fue riendo. Me derrumbé llorando mientras acariciaba mi sexo, ese pobre animalito mutilado. No volví a cerrar los ojos a su lado sin sentirme en peligro. Tenía miedo. El temor me excitaba.

Decidí jugar hasta el final. Me depilé todo el cuerpo como él quería. Lo recibía con los labios de la boca que habla y de la boca que no habla pintados de rojo fuego. El mismo color que utilizaba para las uñas de los pies. Me besaba arriba y abajo hasta que su rostro parecía el de un apache y sus ojos brillaban como dos carbones entre las brasas.

Un día encendió un canuto, dio una calada, encajó su boca como una ventosa entre mis piernas y sopló muy fuerte. Luego aspiró de nuevo, se irguió y me echó el humo a la cara. Seguimos practicando hasta que yo fui capaz de encender los porros y de expulsar el humo con el sexo. Fuera de sí, él daba caladas a mis tetas, al ombligo, al cono, a los dedos de los pies y de las manos, a mi nariz, a los lóbulos de las orejas… Abría en mi cuerpo mil bocas narcotizantes hasta que le daba el bajón y se apagaba como el canuto consumido en el cenicero.

Jamás he follado como con aquel hombre. Iba a su encuentro temblando de deseo. Me lanzaba al aire, me recogía con el pene enhiesto, me lanzaba de nuevo a lo alto y seguía así hasta que su semen salía disparado hacia el techo como pálidos fuegos artificiales.

Solo oír la cerradura de la puerta, mi sexo empezaba a babear y mi cabeza a girar. Mi cuerpo era suyo, mi deseo le pertenecía, mi pasión no existía sin él.

De aquel fuego ya no queda nada. Hará un mes, al llegar a la habitación del hotel donde nos habíamos citado, le encontré sentado en la cama. Estaba vestido, fumando, con la vista clavada en el suelo. No sé qué fue, pero presentí algo. Por primera vez le dije: «Amor, calla, no hables». Antes de que pudiera acercarme para taparle la boca, rompió nuestro pacto de silencio. Pedro, periodista, casado, dos hijos… Cada palabra, una dosis de veneno. Sabía hasta mi nombre: Susana. ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! Si mis gritos hubieran sido piedras habría muerto lapidado.

Cuando dejó de hablar, mi sexo estaba seco, mi pasión agrietada, mi corazón helado. Le prohibí que intentara volver a verme y me marché. Mi deseo se había convertido en asco. Asco de él. Asco de mí.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Cada vez que suena el teléfono no sé qué me inquieta más: el silencio o que sea él quien responda.

Sé que me anda buscando, pero ya no existimos. ¿Quién da caza a una sombra?

BLA, BLA, BLA, BLA

Recuerdo a mis padres siempre así: el viejo, sin soltar prenda y ella, sin parar de rajar. Y en medio de esa apasionante partida de frontón verbal, mi hermana y yo.

Le puede la lengua a mi madre. Soltaba algunas frases que de puro burras eran graciosas. Como cuando, en plena cena, dijo que más valía reventar que morir. Nos partimos el culo de risa. A ella se la llevaban los demonios, sobre todo cuando él la llamó analfabestia. Fue oírlo y a Laura y a mí casi se nos salen los fideos de la sopa por la nariz. No nos atrevíamos a mirarlos, pero no podíamos dejar de reír, con esa risa nerviosa e incontrolada que provoca la angustia.

Poco después se separaron, y nos separaron con ellos. A Laura le tocó el bla, bla, bla, bla, y al menda, el silencio.

Vivir con el viejo no es fácil. Le hablas y como si no te oyera. Ni te contesta. Si fuese sordomudo, pase, pero no lo es. ¿Cómo se las apañará en el periódico con esa alergia aguda que tiene a las palabras? Yo creo que está majara. Más de una vez le sorprendí enganchado al teléfono en completo silencio. Llamaba, esperaba y luego colgaba. Quién sabe, a lo mejor de no hablar se ha vuelto mudo de verdad.

Menuda pareja hacíamos. El viejo, con el teléfono en la oreja sin decir ni pío y yo, charlando con el pato. «Bla, bla, bla, Manuel». «Cua, cua, cua». Al bicho le llamé Manuel, como yo. Así podía desahogarme con él y cuando alguien me preguntaba qué hacía no tenía que dar explicaciones. ¿Qué pasa? ¿No puede hablar uno solo en voz alta?

Si aún me queda algo de seso es gracias al pato. Al separarse mis padres, el viejo y yo nos mudamos. Recién aterrizados en la nueva casa, la portera me dio a Manuel. Me contó que era la mascota del tipo que vivía antes en el piso. Por lo visto era depresivo y se suicidó, y ahí se quedó el pobre Manuel, huérfano. ¡Menuda imaginación le echó la mujer para colocármelo! ¡Huérfano! El viejo ni se inmutó y yo me moría por tener compañía, aunque fuera la de un pato. Para nada sospechaba que me estaban regalando un seguro contra el psiquiátrico.

¡Pobre de mí! Por si no tenía bastante con mi padre, me enamoré de Teresa. ¿Cómo me iba a oler yo nada al conocerla? La tía es como

esas manzanas de caramelo que vendía un jorobado a la puerta del colegio cuando yo era pequeño. Las traía clavadas, rojas, gordas, apetitosas, en una especie de báculo azul con unas plataformas redondas donde se sujetaban derechas. Solo verlas se me hacía la boca agua, pero en cuanto las mordía y rompía la costra roja aparecían unas manzanas pequeñas y arrugadas, llenas de manchas marrones.

El viejo no hablaba, vale; pasaba de mí, vale; me ignoraba, vale; pero me dejaba vivir. Teresa hacía como si me hablara y me escuchara y al final resultaba que tenía toda la artillería preparada, esperando el momento para escupir metal sobre mí. Siempre salía destrozado. ¡Y cuanto más me machacaba, más colgado estaba de ella!

Recuerdo la primera vez que le dije «Te quiero». Me temblaba la voz de los nervios. Teresa, con toda su sorna, me soltó que me esforzara un poco más, que eso ya se lo habían dicho antes. Fue el inicio de las mutilaciones verbales.

El día que le llamé «Amor» se separó de mí con rabia y me repitió que no quería oír de nuevo lo que ya le habían llamado en el pasado. Por lo visto la deprimía. ¡El que se deprimió fui yo!

Hablando con el pato Manuel lo comprendí todo. O eso creí. Lo que ella deseaba en realidad era que inventáramos un lenguaje solo para nosotros. Como si fundáramos un club para dos socios. Cuando le expliqué a Teresa lo que había pensado, se rio y me abrazó. Yo nunca había conocido a nadie tan especial. La quise más que nunca.

Me volvía loco follar con ella. Cuando la abrazaba me envolvía su perfume como un vapor. Sobre ella, bajo ella, yo sentía que mecía y era mecido por un agua tibia. Cuando terminábamos de hacer el amor, me pedía siempre que pusiera a Chet Baker. Esa música tan triste la relajaba. Cualquiera sabe las historias que se le pasaban entonces por la cabeza, las frases de amor que yo nunca podría decirle, los nombres que me había prohibido darle. Me ponía celoso solo de pensarlo, pero intentaba salir de ese pozo pensando en nuestro club, en nuestro lenguaje, en nosotros dos solos.

Hicimos un trato. Yo me comprometía a poner a Baker en el compacto si, a cambio, ella se tumbaba de espaldas sobre mí. Me gustaba sentir su columna sobre mi pecho, sus nalgas sobre mi polla húmeda, sus piernas encajadas en las mías, sus pies sobre mis tobillos, su cabello inundándome la cara.

Mientras la acariciaba, se iba quedando dormida. Poco a poco, en mi propia duermevela, yo imaginaba que ella empezaba a hundirse dentro de mí. Su pelo me cegaba la nariz, la boca, las orejas, los ojos. Ciego, sordo, mudo y casi asfixiado, notaba de repente que me había atravesado la piel. Sus pezones, su vientre plano, los huesos de las caderas, el coño rizado. Estaba lleno de ella. Me dormía feliz.

Lo malo es que igual que a uno se le cierran los ojos, luego se le

abren. En cuanto despertábamos, yo intentaba retener el hechizo con frases que me había inventado. Antes de cada encuentro me partía la cabeza pensando en cómo decirle «Te quiero» de una forma que nadie se lo hubiera dicho nunca. Todo me servía: la poesía, los quebrados, el dibujo lineal, las fórmulas químicas, las recetas de cocina…

Tan pronto le susurraba lo que había preparado con tanto amor ya estábamos separados por kilómetros de lenguaje envenenado. ¡Le dijera lo que le dijera, cada palabra mía la golpeaba como un mazo! Nada le servía. ¿Y qué le voy a hacer yo si al final «Te quiero», si es de verdad «Te quiero», suena a Te-quiero-Te-quie-Te-quiero?ro?

La última bronca fue como todas. Ridicula. Estábamos en la cama y yo acariciaba la circunferencia tan blanca y tan suave de sus tetas. Besé sus pezones rosas y le dije: «Me vuelven loco tus bolas de cristal». Lo mismo podía haber gritado por la ventana que las tetas de Teresa parecían dos bolsas de basura. Empezó a gemir con una desesperación que me asustó. ¡Joder! Como siempre, otro se me debía de haber adelantado.

La cogí en mis brazos para acunarla, le lamí las lágrimas hasta que dejó de llorar. Era preciosa. «Nunca he visto unos ojos como los tuyos: tienen los mismos reflejos que hace la gasolina en los charcos», le dije. Teresa se levantó de golpe y se marchó. Desapareció. Durante un mes intenté verla sin conseguirlo.

El mundo se me vino abajo. Resulta que el club que supuestamente habíamos fundado ya no me admitía como socio. No sabía qué quería Teresa, pero desde luego no tenía nada que ver con un lenguaje que fuera solo para nosotros. No podía decirle nada. Hasta al pato lo entendía mejor que a ella.

Estaba machacado. Tenía cada vez más pesadillas. Soñé que acudía en busca de mi hermana para desahogarme. Laura abría la puerta de casa y cuando iba a decirle «Hola» de mi boca salía metralla. La destrozaba.

Empecé a pensar en cómo destrozar a Teresa.

Aún no sé cómo logré por teléfono que me perdonara. Me hizo jurar que no pronunciaría más palabras que su nombre. Lo juré. Para celebrar nuestra reconciliación nos citamos en el hotel donde nos habíamos encontrado en otras ocasiones. Cuando llegó yo la estaba esperando con una botella de champán en la mano. La abracé y la llevé hasta la cama. Repetimos el ritual. Follamos, puse al desolador Chet Baker en el compacto portátil que había traído y ella se tumbó sobre mí. Sentí una opresión en el pecho. Me estaba ahogando. Los huevos me dolían. Me estaba aplastando. Deseé quitármela de encima para siempre. Empecé a acariciarla para acabar cuanto antes, pero pasó una eternidad hasta que por fin se durmió.

Intenté salir de la cama sin despertarla. Poco a poco me deslicé

bajo ella hasta poner los pies sobre la alfombra. Por primera vez desde que la había conocido sentí que pisaba suelo firme, que tocaba tierra. Se había acabado su juego y empezaba el mío. Me puse los vaqueros y la camiseta. Cogí su ropa, los zapatos y la mochila y, sin hacer ruido, me encerré en el cuarto de baño.

Eché el cerrojo. Saqué del bolsillo una lata de gasolina, un mechero Zippo y, por si fallaba, una buena remesa de cerillas. Empecé por su ropa interior. ¡La hostia! La tía ni siquiera había elegido un sujetador y unas bragas del mismo color. Susurré «Bolas de cristal» y quemé el sujetador negro. Seguí «Tu coño es mi paraíso» y quemé las bragas blancas.

Estaba poseído por un delirio de fuego y brasas. Dije «Amor», y ardió su vestido. Continué con «Preciosa», y el fuego prendió en la cazadora vaquera. «Te quiero», y llené de gasolina un zapato y acerqué el mechero. «Te adoro», y el otro zapato empezó a arrugarse a medida que crecían las llamas. Antes de irme, abrí el grifo, llené el lavabo hasta el borde y metí las manos agostadas. El contacto frío me dolió y luego me calmó. Moví los dedos hasta que se enturbió el agua.

Me habría gustado ver la cara de Teresa cuando se despertó y descubrió que su ropa y yo habíamos volado. Debió de ir al cuarto de baño y allí, desnuda, leer la despedida que le había escrito con las cenizas en los azulejos. *Manuel Flores va a morir/ Eso es moneda corriente / Morir es una costumbre / Que suele tener la gente.*

Si Teresa le ha llamado, el viejo no le habrá dicho ni mú. Fue él quien me hizo aprender de memoria esa milonga de Borges cuando yo era pequeño. Le hacía gracia porque el tipo tenía el mismo nombre que yo. Pero no se lo habrá contado, y tampoco le habrá recitado la continuación: *Y sin embargo me duele / Decirle adiós a la vida, / Esa cosa tan de siempre, / Tan dulce y tan conocida*. La dulce se la debió comer entera aquel Flores porque la que me ha tocado a mí…

¡Que sufran ahora ese par de tarados verbales para descifrar el nuevo lenguaje que he descubierto! ¡Que sufran para interpretar las señales de humo! ¡Que sufran sin saber si estoy vivo muerto! Tampoco lo sé yo. Mi destino es como una brasa pequeña. La brasa está fuera, pero también está dentro. Y pesa.

NORMAS DE TRABAJO

¡Cuántos errores! Primero: liarme con un separado. Segundo: enamorarme de él. Tercero: continuar. Sabía que me iba a traer complicaciones, pero me empeñé. Supongo que Luis me gustó demasiado desde el principio y, cuando me quise dar cuenta, ya no podía dejarle.

No quise dejarle.

Excepto con él, siempre he cumplido mis normas de trabajo. Los clientes tienen que estar casados para que no haya complicaciones, y la relación no debe prolongarse más de seis semanas. Nunca me ha costado hacerles felices. Además de guapa, soy complaciente y, por supuesto, mentirosa. A ellos, pobrecitos, no les dejaban de pequeños jugar con las Barbies de sus hermanitas y ahora que son grandes resulta que quieren una muñeca para jugar. Para jugar, eso sí, a escondidas. Pues yo soy esa muñeca. La Barbie escort. Conseguirlo no es difícil: basta con camuflar en mí cualquier rastro de vida inteligente y dejarles ser, sin peros ni controles. Enseguida obtengo enormes idiotas en bruto.

Escucho sus estupideces sin pestañear, aguanto con convincentes maullidos sus lenguas asquerosas y sus manoseos torpes, miro con arrobo sus pollas pequeñitas y babeantes, jadeo a buen ritmo, suelto cuando conviene un alarido de placer y cuando, por fin, todo ha acabado, les aseguro que nadie me ha hecho gozar tanto.

Si durante años he sobrevivido sin sobresaltos en esta profesión de alto riesgo es porque desde el principio he tenido muy claro lo que quería y cómo conseguirlo: un buen servicio a cambio de una tarifa, y punto. Cuando a un cliente le ha salido la vena redentora, le he dado boleta. Que se buscara a otra. Hay muchas que van de independientes y en el fondo se mueren por pillar a un tipo que las retire. Yo, no. Yo soy una profesional del amor. No acepto ropa ni coches ni apartamentos ni joyas. ¿Mi precio? Un buen viaje. Sola.

A mi hermano le dio por hacerse pirómano para olvidar. Yo soy más discreta, me basta con poner tierra por medio. Al principio me sentía bien con un viaje al año. Luego, cuando el presente se me hizo tan agobiante como el pasado, empecé a escapar con más frecuencia. Supongo que con tanto fantasma la huida queda justificada. La vieja

nunca ha entendido de dónde saco la pasta, pero por si acaso no pregunta demasiado. ¿Qué le voy a decir? «Mamá, me he tenido que hacer puta para costear mi terapia». Aunque ella es capaz, en plena verborrea, de soltarme: «Bueno, hija, es lo que hay, pero no te olvides de los condones, ¿eh?». Y seguir: bla, bla, bla, bla, bla.

Cuando se cumple el plazo acordado, mis clientes sueltan la tela sin rechistar porque: 1) cuanto antes me pierdan de vista, más rápida será su reinserción en el mundo de la Ley y el Orden de donde vinieron, 2) empiezan a olerse que la Barbie les tiene bien cogidos por los huevos y que podría ponerse a largar y 3) mis gustos viajeros no se salen de su presupuesto. Me van los países que se ajustan a los tópicos de color y calor, tanto meteorológico como humano. Mis ardorosos amantes pagan siempre de buena gana para que desaparezca rumbo a algún destino lejano.

Pero ese era el pasado. Me temo que el futuro será distinto. Por saltarme las reglas estoy donde estoy, de viaje en este taxi de mierda. De mierda de verdad. ¡Menuda peste hay aquí dentro! ¿A quién se le ocurre llevar un pato en el coche? Cuando he abierto la ventanilla de par en par, el taxista me ha dicho que si me mareo, le avise. No le he contestado. Aunque no lo sabe, si él lleva un pato, yo llevo un mono, así que estamos en paz. Menos mal que ya nos encontramos cerca de la clínica. Cuanto antes termine con esto, mejor.

La relación con Luis empezó como de costumbre: le dije las condiciones, tarifa incluida, y él aceptó. A partir de ahí lo mandé todo al carajo. Me entregué sin reservas. Jamás le he dicho a nadie lo que le dije a él. Hubiera hecho lo que me pidiera. Una noche me ató a la cama y cuando se cansó de jugar y de follar se durmió. Yo no pegué ojo hasta que, a la mañana siguiente, se despertó. Seguía atada, pero no me quejé: era suya y él conocía su poder. Era lo único que, a veces, me daba miedo.

Hacíamos el amor a pelo. Él no aguantaba los condones y yo cedí porque no quería que se alejara de mí. Así, sin pensarlo, me deshice de las gomas y de todas mis normas de trabajo. Al final, me quedé embarazada. Y todo por no oír el consejo que nunca me dio mi madre. No le dije nada a Luis. Guardaba el bebé dentro de mí como un secreto. Como un regalo que alguien me acabara de hacer; todavía no había roto el papel que lo envolvía, y no sabía si lo que había dentro me iba a gustar o no.

Cuando agotamos el tiempo acordado, Luis me propuso una despedida especial: que fuéramos juntos a Marruecos. Acepté inmediatamente. Pensé que allí, lejos de todo, sería más fácil hablarle del monito que crecía dentro de mí.

Se lo quería decir en la playa, con el vientre enterrado en la arena para que el bebé oyera el mar. Lo imaginaba como un barquito

náufrago a la deriva. Pequeño y oscuro en un espacio de turbulencias, como los ciclones y anticiclones que se mueven en los mapas del tiempo. Quizás el monito conseguiría que Luis se quedara a mi lado.

Las cosas empezaron de maravilla. El avión despegó con su mano sobre mi sexo. Después se fueron estropeando. La tierra no le sienta bien al amor. Alquilamos un coche e iniciamos el descenso al sur con la luna llena, la tierra roja y las chumberas. Decidimos hacer los trayectos más largos por la noche. A los dos nos gustaba viajar así: en silencio y a oscuras. A esas horas, la mente se vacía sin esfuerzo, los fantasmas quedan rezagados y el espíritu, sin lastre, corre audaz hacia lo desconocido.

Esta vez no funcionó.

Cada mañana me miraba en el espejo y veía cómo crecían curvas en mi cuerpo: las tetas estaban más grandes y mi vientre pasaba suavemente de cóncavo a convexo. Luis no parecía darse cuenta y yo, asombrada de su ceguera, no encontraba el momento para contarle que estaba embarazada.

Empezamos a pelear por todo y por nada. Supongo que mis cambios de humor terminaron agobiándole. No podía creer que no se oliera algo. Las broncas cada vez eran más agrias. Reaccionario. Cabeza hueca. Facha de mierda. Puta… ¡Puta! Eso sí que me dolió. Y estoy segura de que al hijo de puta que llevaba dentro, también.

Durante el día veía niños por todas partes: corriendo y dando volteretas junto al coche por una moneda, rodeándonos para conseguir un boli, pidiendo, riendo, jugando, trabajando… Cuando cerraba los ojos, el monito aparecía, pero ningún sueño era bueno.

Me moría por oírle decir a Luis que me quería. Él callaba. Me moría por hablarle del embarazo. Yo también callaba. Al llegar la noche, cuando dormíamos, mi angustia hablaba. Luis entraba en mis sueños y hundía en mi ombligo un viejo sacacorchos. Lo hacía girar hasta que atrapaba algo con la punta y entonces lo sacaba de golpe. Allí estaba el bebé: un monito muerto con los ojos en blanco y con las manos y los pies atados. Otras veces sacaba un trozo de carne tan arrugado que me costaba reconocer si era el monito o era mi corazón.

Asustada por aquellas imágenes, me tatué las manos con henna en una pequeña plaza de Marrakech. Le pedí a la mujer, una estatua silenciosa a la que solo se le veían los ojos, que dibujara en una palma un ojo y en la otra, una mano de Fátima para alejar los malos espíritus. Quería que los símbolos, encerrados en un laberinto de puntos, líneas, flechas y estrellas, deshicieran las pesadillas.

Tampoco funcionó. Siguieron las discusiones, los silencios hostiles, las bruscas separaciones que terminaban en encuentros cada vez más difíciles en la cama del hotel, las pesadillas. Teñidas de rojo oscuro, mis manos eran tan impotentes para detener lo inevitable como antes.

Durante un paseo vimos una pelea. Dos hombres se insultaban en el centro de la calzada. Cada uno apretaba el cuello del otro con una mano, mientras con la otra aferraba el brazo ajeno que quedaba libre. Sordos a la algarabía de las voces y los bocinazos de los conductores, se empujaban contra los coches, los autobuses y las motos que pasaban rozándolos. No hubo forma de separarlos ni de llevarlos a la acera hasta que llegó un policía.

Una muchedumbre les rodeó. Los chavales se detenían en seco y tiraban las bid's y las motos para unirse al corro. De repente todos salieron de estampida y quedaron a la vista el agente con una pistola en la mano y los dos tipos tumbados en el suelo y unidos por las esposas. El círculo volvió a apretarse en torno a ellos. Yo me uní a los curiosos hasta que desaparecieron a empujones dentro de un furgón policial.

Luis me esperaba sentado en la acera. Aquella noche soñé que nos besábamos. Él aspiró y el bebé subió hasta mis labios. Nos lo pasamos de una boca a otra y con la lengua lo acariciamos. De repente, él se lo tragó, se dio media vuelta y se alejó corriendo.

Desesperada los busqué en la Yamaa-el-Fna, la plaza grande de Marrakech. Había un círculo más grande que los demás. Me abrí paso a codazos y cuando conseguí llegar a la primera fila lo vi. Luis estaba metido en la caja de madera de las serpientes. Me apoderé de una flauta y empecé a tocar.

Las serpientes se asomaban de una en una. Se quedaban erguidas un instante observándome y, a continuación, se deslizaban fuera de la caja. Al final había tantas que el suelo, oculto bajo ellas, parecía moverse. Pero Luis no apareció. Tiré la flauta y me abalancé sobre la caja: no estaba, pero quedaba su piel. La había mudado antes de escapar con el monito para siempre.

Me desperté sobresaltada, me vestí y me encaminé a la Yamaa-al-Fna para deshacer el maleficio que las pesadillas parecían tejer sobre nosotros. Anduve a ciegas entre los puestos de comida. Las polillas chocaban una y otra vez contra las lámparas de petróleo de los tenderetes, insensibles al calor que acabaría con ellas. La gente cenaba y charlaba. Algunos hombres dormitaban en el suelo, mientras otros se unían a los escasos corros que aún quedaban para escuchar a los contadores de historias, intentar descubrir la magia de los magos, admirar la danza febril de los gnauas, reírse de los locos, atender a los vendedores de remedios milagrosos o contemplar con espanto a los mendigos, que se arrastraban sobre los muñones hacia ellos.

Bebí un brebaje oscuro y picante que me abrasó la boca y el estómago como una tea ardiendo. Me senté en cuclillas a oír el palpitar de la plaza, mientras el monito escuchaba a oscuras el grave percutir de mi corazón, que aceleraba su ritmo y lo ralentizaba al de

los panderos y los timbales de metal. Recordé a los hombres que había visto pelear unas horas antes. Aunque se habían calmado un instante cuando los maniataron, pronto empezaron a luchar de nuevo como perros rabiosos. No necesitaban esposas, el odio es un imán muy poderoso. Acaricié mi vientre. Pensé en el silencio de Luis. En mi silencio. Pensé en los roces, las peleas, los malentendidos, las tensiones. Pensé en las pesadillas. Pensé que el bebé era las esposas que nos unirían a él y a mí. La medida de mi amor y de mi futuro odio.

Luis seguía dormido cuando volví al hotel. Me desnudé, me tumbé a su lado y metí su pene en mi boca. Sentí cómo crecía dentro de mí. Él empezó a gemir hasta que con un grito se vació. Su semen era amargo y me separé. El brusco movimiento lo despertó. Abrió los ojos y, antes de que pudiera decir nada, le hablé. En lugar de confesarle «Te quiero», le solté «No quiero volver a verte». Las dos cosas, lo que dije y lo que no dije, eran verdad.

Nos despedimos en el aeropuerto de Barajas con un beso breve en los labios. Del viaje no quedan ni fotos. Llevé los carretes a revelar y me dijeron que estaban vacíos. Igual que yo dentro de un rato.

Ya estamos en Sor Ángela de la Cruz. Me arde el vientre como si el monito hubiese decidido prenderse fuego antes de que otros acaben con él. Es de la familia, no cabe duda, sale a mi hermano. El pirómano de mi hermano. El taxista debe de tener su edad. Menuda miradita me ha lanzado por el retrovisor cuando le he repetido la dirección de la clínica Dator. Le he sonreído. Seguro que ha acercado allí a otras mujeres. Si él supiera que es el hombre que me lleva de viaje al lugar más insólito que he visitado. Pero esta vez no habrá polvo y pagaré yo.

EL SUEÑO DEL MONITO

Dicen que los niños se acurrucan en el vientre de la madre y esperan como los topos bajo tierra. El mío, no. El es artista de circo. Entró en mi cuerpo con la confianza ciega del hombre—bala, que sabe de dónde viene y adonde va. Pero algo falló mientras surcaba el cálido espacio oscuro y a punto estuvo de salir por donde había entrado, arrastrado hacia abajo por la corriente violácea.

Tuvo suerte: logró escapar del remolino último que se precipitaba rugiendo en el sumidero. Pegó un salto y se agarró a mi corazón. Durante un tiempo lo aferró con sus manitas, temeroso de caer. A veces, cuando recordaba esa turbulencia de sangre llevándole, sentía tanto miedo que intentaba sentarse en él. Enganchaba una pierna y luego trataba de subir la otra. Con el esfuerzo impulsaba mi corazón de un lado a otro hasta provocar una cadena de palpitaciones y escalofríos.

Cuando sus manitas crecieron empezó a divertirse. Se agarraba con fuerza al corazón y lanzaba los pies arriba y abajo, delante y detrás. Pum, pum, pum. Cogió confianza: soltaba una mano y con el puño cerrado golpeaba el aire al mismo tiempo que bailoteaba en el vacío. Pum, pum, pum, pum. Un día, envalentonado por las exclamaciones de admiración que le llegaban del otro lado, soltó ambas manos.

Antes de que pudiera darse cuenta, se había dado la vuelta. Cabeza abajo, tuvo miedo. Pensó en el sumidero, tan cercano, en la sangre, en la nada. Luego oyó un ruido familiar: tic-tac-tic-tac-tic-tac. Estiró primero una pierna, luego la otra y con los pies apresó el corazón. Lo lanzó a lo alto y lo recogió como si fuera un balón. Sonrió tranquilo. Dejó los pies encima, tic-tac-tic-tac-tic-tac, y se durmió.

* * *

Con los ojos todavía cerrados, Laura subió el embozo de la sábana blanca hasta taparse la cara. Le dolía mucho. Algo, todo, no sabía qué. El tacto áspero de la tela le molestaba. ¿Por qué estaba desnuda? ¿Estaba desnuda? Con una mano se palpó las bragas. Llevaba unas compresas tan grandes que no podía cerrar las piernas.

—Laura, ¿qué tal se encuentra?

Abrió los párpados. Junto a la cama había una enfermera.

—Tengo mucho frío —contestó.

—Es normal, no se preocupe, se le pasará enseguida. Le tuvimos que poner otra dosis de anestesia. El feto estaba colocado muy arriba y…

—¿El…? ¿El monito?

—¿Perdone?

—Nada… Siga, por favor. ¿Entonces?

—El médico ha estado a punto de rendirse y dejarlo, pero ¡ya está! Ha salido todo bien. Ha tenido mucha suerte. Dentro de un rato, cuando se encuentre más despejada, se levanta despacito, se viste y puede irse a casa.

—¿Ya está?

—Sí, quédese tranquila. ¿Ha venido con alguien? ¿No? Bueno, si nota que se marea al levantarse, siéntese hasta que se le pase. No se olvide el lunes de venir a la revisión.

Con los dedos, Laura tanteó la piel hueca desde sus tetas hasta el inicio de las bragas. Luego apretó las palmas de las manos contra su vientre. «Mi monito», pensó. «Ya tengo a alguien de la familia esperándome en el infierno».

TERAPIA AMARILLA

Estoy solo. Solo y asustado, como cuando hace muchos años sonaba la alarma y me despertaba en la oscuridad. Mis padres ya estaban junto a la cama. Sonreían felices mientras desconectaban el eficaz sistema antimeada que habían comprado para reeducarme. Apenas se fijaban en mí, encogido dentro del pijama. En cuanto el pis, como un ladrón, llegaba a la placa que mi madre escondía por las mañanas bajo la sábana, empezaba a pitar la batería.

Todavía no he conseguido olvidar ese sonido retumbando en mi cerebro, perforándolo, aplastándolo. La máquina de tortura se llamaba Pipi-stop.

Pipi-stop. Love-stop. Dejé de querer a mis padres sin darme cuenta. Cuando eres pequeño no es fácil entender la relación entre la cura y el sufrimiento. Tampoco después. ¡Yo tenía miedo, eso era todo! Dormía en un extremo de la casa y el pis era el hilo que unía mi cama solitaria a la de mis padres. Me despertaba empapado y, tiritando, atravesaba a la carrera la cocina, el salón y el largo pasillo hasta caer en el centro cálido que quedaba entre sus cuerpos.

Cruzaba el espacio que me separaba de ellos como un Tarzán diminuto colgado de una liana líquida y amarilla. Aquel aparato de sádicos cortó la cuerda para siempre.

El tormento duró un año. En aquellas 365 noches aprendí a no confiar en nadie, desarrollé una aversión profunda a dormir en sitios oscuros y almacené una reserva de violencia suficiente para luchar en una guerra. Pero no conseguí enfrentarme a mis padres. Necesitaba un enemigo para desahogarme y yo era el voluntario más cercano.

Cuando cumplí diez años tuve mi primer ataque. Sin razón aparente empecé a golpearme la cabeza contra las paredes. En muy poco tiempo mejoré la técnica: puse a prueba puños y pies contra puertas y ventanas. Todas las extremidades valían.

Me quedaba la polla. No me atreví a usarla hasta que Nina puso en práctica su terapia. Tengo 19 años y, antes de conocerla, no sabía de más coños que el que formaban alternativamente mi mano derecha y mi mano izquierda. Me aterrorizaba la idea de sufrir un ataque mientras estaba dentro de una chica. Prefería masturbarme a convertirme en un psicópata.

El Boni dice que soy un iluminado porque, cuando me viene un ataque, oigo en mi cabeza un aullido y lo veo todo amarillo. En mi cumpleaños, me regaló un anillo con un gran ojo de vidrio, una especie de huevo frito con la yema marrón y la clara amarillenta. Un símbolo del tercer ojo que con tanto mamporro me había abierto, me soltó y se partía el culo de la risa. A mis padres, en su día, mis ataques les hicieron menos gracia. Mientras mis amigos se fumaban los primeros Bisontes y ligaban con las chavalas del colegio de enfrente, yo tonteaba con el psiquiatra.

«Falta de sueño», dijo el loquero. «Le vendría bien hacer ejercicio para llegar cansado a la cama». Me apuntaron a yudo después de las clases, pero las crisis continuaron. Mis padres me dejaron por imposible. Yo creo que me cogieron miedo. Mejor. Ya no sentía nada por ellos. Los había arrancado de mi vida con el mismo placer que siento en verano cuando separo de mi cuerpo quemado tiras de piel muerta.

Al Boni le conocí en unos billares. Le echaba una mano a su viejo con el taxi por las tardes. Le caí bien y me vio tan colgado que me ofreció entrar en el negocio. El dinero es una mierda, me dijo, pero te bastará para abrirte de casa de tus padres. Me fui con lo puesto. Le propuse al Boni trabajar por la noche. Se resistió. Le aseguré que limpiaría el asiento trasero antes de entregarle el coche a su viejo por la mañana. Aceptó.

En julio encendí el piloto verde y me introduje en el circo de los monstruos: en el centro de la pista, lo cual tiene mucha más emoción y también algunos inconvenientes. Una seña con la mano y yo recojo a los artistas.

La oscuridad trastorna. Quienes la atraviesan creen que es un antifaz y, ocultos tras ella, se dejan ir a la deriva de corrientes a las que no llega nunca la claridad del día. En el taxi se insultan, lloran, se meten picos, se dan de hostias, folian… Ellos, dale que dale a lo suyo, y yo, en algunas funciones irresistibles, dale que dale a lo mío. Con cuidado, eso sí, para que no haya mosqueos. Piensan que soy invisible y se cabrean si me pillan atento. ¿Qué quieren que haga? ¿Que arranque el espejo retrovisor? ¿Que me vuelva sordo y ciego ante tanto coño abierto, tanto esfínter apretado, tanto jadeo? ¿Que no huela la baba, el semen y toda esa mierda que dejan pegada al plástico del asiento? Cuando nos corríamos al mismo tiempo, la casa les hacía descuento.

Nadie se salva del veneno de la noche. Estás bien y, sin darte cuenta, algo, no sé qué, se tuerce, y te ves condenadamente solo y te sientes más triste que la puñeta. Como tú hay muchos en el asiento trasero del taxi. Y muchas. ¡No le gusta poco al Boni dar doctrina sobre cómo tirárselas y dónde!

Yo también he tenido mis historias. Todas empezaban con el coche en movimiento y acababan como los accidentes, con un golpe seco. Entremedias había besos, erección, manoseos, saliva, mucha lengua, pero cuando llegaba el momento del follar verdadero me bloqueaba y salía huyendo como una cucaracha a la luz del día. El Boni se reía de mí. Es fácil cuando follar solo significa meter y sacar, meter y sacar, meter y sacar, ah, ah, ah, ahhhh, vaciarse y salir, qué bueno, hasta la próxima, nena.

Con Nina fue distinto. Una noche me paró en la Castellana. Su coche la había dejado tirada y no llevaba un duro encima. Me hizo gracia y la llevé a su casa sin cobrarle el viaje. «¡Que no, tía! Así está bien». Le guiñé un ojo y me piré. Aquello le gustó. Se fijó en el número de la matrícula y me localizó. Había llamado a casa del Boni, al tío le cayó bien y le dio mi teléfono. Empezamos a salir.

Le gustaba venir conmigo en el taxi. Ponía música, asomaba medio cuerpo por la ventanilla y seleccionaba a los clientes, aplicando rigurosamente un método que había inventado: la teoría anímica. «Coge a aquel menda. Se le ve buena gente. Todavía tiene todo en su sitio». «Sigue de largo. A ese hace tiempo que el alma se le convirtió en jeringa». «Pasando de esos pijos. Cuando te han gritado que pares, me ha olido a podrido. Me he fijado bien y he visto que les asomaba un pie por la boca. Venga, Juan, enséñaselo». Y yo, con elegancia, sacaba la mano izquierda y les mostraba el tercer ojo que brillaba amarillento sobre el dedo más respetable, el patrón, el del centro.

A veces a Nina no le quedaba más remedio que dejar de lado su teoría para que yo pudiera sacar unas pelas. «Ese lleva una rata en el pecho. Cógelo, pero no le des conversación». «Esa titi tan puesta tiene una cagada en el hueco del corazón. ¡Qué asco! En fin, anda, para y la cargamos. Bueno, más bien la cagamos». Y se reía.

Fue ella quien decidió durante uno de los viajes que fuéramos a la Casa de Campo. Fue ella quien empezó a acariciarme. Se quitó la camisa y el sujetador. Me quitó la camiseta y me desabotonó la bragueta. Se quitó las bragas. Puso mi mano en su sexo, mientras me acariciaba el pene que asomaba erecto por el borde del calzoncillo. Estaba muy excitado. Sentí que mis dedos se hundían entre sus piernas y desaparecían. Estaba empapada. Me dio miedo y mi polla cayó en picado con la velocidad de un nadador desde el trampolín más alto. Nina se encogió como si la hubiera golpeado.

Me habría gustado ocultarme dentro del calzoncillo. Sobraba espacio.

Le conté a Nina todo: el Pipi-stop, las crisis, los golpes… No dijo nada. Al día siguiente me llamó por teléfono. Había ideado un plan: la terapia amarilla. Volvimos a la Casa de Campo. Ella bajó del coche. Me pidió que encendiera los faros y se puso delante. Las luces la

dibujaban, y desdibujaban los pinos y los senderos blancos en torno.

Sin decir palabra, se subió la falda, se bajó las bragas y se puso a mear. Mientras meaba, me miraba. Una muñeca morena con un hilo amarillo que descendía del sexo oscuro y se deslizaba entre sus piernas. Nina colocó las manos bajo la orina. Luego subió al coche, apagó las luces, me abrió la bragueta y, con las manos húmedas, me masturbó.

El rito había comenzado. Lo repetimos en silencio durante una semana. Una noche descendió del coche y delante de los faros encendidos se quitó la camiseta, el sujetador, las sandalias y los pantalones. Entonces empezó a acariciarse lentamente por encima de las bragas. Eran amarillas. Entró en el coche, apagó las luces y me masturbó con la boca. Me corrí dentro de ella, aferrado como un náufrago a sus bragas amarillas.

Perdí la cuenta del tiempo, de los días y las noches que siguieron. Ella, no. Acabábamos de llegar a la Casa de Campo cuando me ordenó que apagase las luces y que las encendiera cuando ella me lo pidiera. Salió del coche, se situó delante y empezó a desnudarse. No necesitaba faros para verla. Conocía cada uno de sus movimientos de memoria, pero esta vez hizo un gesto nuevo. Cuando se quedó en bragas, se dio la vuelta y, de espaldas, se las quitó. Se giró hacia mí y me pidió que encendiera.

Se había teñido el sexo de amarillo. Oí un aullido y era yo, loco de placer, loco de amor, loco de locura, loco por ella. Salí del coche, la tumbé en el suelo y la penetré. Cuando abrí los ojos solo vi sus ojos oscuros, la sonrisa blanca y su sexo amarillo. Fin de las crisis, fin del miedo.

La felicidad duró hasta que llegó el paquete de mi madre. «Hijo, tu padre me ha prohibido que vaya a verte, que una cosa es que seas raro y otra que unos padres tengan que enterarse de dónde vive su hijo ofreciéndole una propina al portero. Dice que no quiere saber nada de ti, que para tener un hijo así es mejor no tener ninguno. Yo le digo que son las malas compañías, que tú eres raro, pero bueno. Nada, no hay forma de calmarlo, hijo, ya sabes cómo es, muy buena persona, pero a terco no hay quien le gane y yo ya me encuentro muy vieja para estar peleando todo el día. Me ha obligado a quitar todas tus cosas de la casa. Cree que las he tirado, pero las he metido en esta caja que te envío. Como se entere me mata. Desde que te fuiste hace unas cosas muy extrañas. Le ha dado por bajar a dormir a la calle porque dice que en casa, con el calor, no hay quien pare. Me paso las noches asomada al balcón hasta que sube y, cuando ya está en la cama, tampoco puedo dormir porque ronca como un animal y entonces empiezo a pensar dónde estarás y si estarás bien y qué estarás haciendo… Pídele perdón a tu padre, Juan, que me estáis matando. Tu

madre».

Había metido en el paquete todo lo que había pillado: la foto de la primera comunión que había encima de la tele, libros del colegio, ropa, lápices, soldados de plástico, cochecitos… ¡Y el Pipi-stop! Al verlo, sentí un crujido en el esternón, como si un hueso recién soldado se quebrara de nuevo. Con un martillo destrocé el maldito aparato. ¡No, gracias! ¡No, gracias! ¡No, gracias! Llamé a Nina.

Cuando llegó me encontró borracho, vomitado, fuera de mí. Me abalancé sobre ella para follar, olvidar, desaparecer. ¡Terapia amarilla! Me desnudé a manotazos y la intenté tumbar en el suelo. ¡Terapia amarilla! Nina consiguió zafarse y, asustada, retrocedió hasta quedar arrinconada en el cuarto de baño. Sin dejar de mirarme, se puso a llorar. Estaba tan borracho que me caí al suelo. Estrellé la cabeza contra las baldosas. Una, dos, tres, cuatro veces. ¡Terapia amarilla! No sentía el dolor, seis, siete, ocho veces, pero la oía llorar cada vez más fuerte. Me levanté y como pude hui.

Atravesé desnudo el Paseo de Extremadura, la Avenida de Portugal y entré en la Casa de Campo. Bajé corriendo la cuesta, atravesé la glorieta y me detuve en seco en el lago. Detrás quedaban las putas, los coches, mi vida, Nina. En el centro oscuro del estanque resplandecía un trazo amarillo, como las bragas amarillas de Nina, como su sexo amarillo, como su corazón amarillo. Me eché al agua y nadé hacia él.

El agua era espesa. Avanzaba con dificultad entre desperdicios, restos blandos que chocaban contra mis ojos y se colaban en mi nariz y en la boca entreabierta. Las carpas me picoteaban los pies, los brazos, las piernas, el cuerpo. Entre arcadas, nadé hasta que mis manos chocaron contra una plataforma de madera. Alcé la vista. El trazo amarillo era la caseta de los patos. Subí, me acurruqué y, sollozando, me quedé dormido.

Soñé que la caseta era un barco escorado. Me acerqué al lado hundido y encontré dos cadáveres de espaldas. Les di la vuelta y los tiré al agua: eran mi padre y mi madre. Bajo sus cuerpos estaba el de Nina. La abracé llorando, y llorando me dormí junto a ella.

Soñé que Nina venía a buscarme volando y se posaba en el hueco de mi mano. La acuné, pero al mirarla ya no estaba ella sino una pepita de oro. Yo no quería oro, quería a Nina. Tiré la pepita al agua. Vi los brazos de Nina alzados mientras ella gritaba socorro. Luego se hundió. Me dormí.

Soñé que yo era un pato nadando en el lago de la Casa de Campo. Llegué a la caseta y me encontré a un extraño que dormía en mi espacio. Resoplaba como si estuviera borracho. Me senté encima. Abrí los ojos, medio ahogado por mis ronquidos. Tomé aire y todo volvió al orden: el lago oscuro, el eco lejano de la M—30 y las sombras de los patos que bajaban y subían de la caseta.

Una feliz noche de verano.
Me dejé caer al agua.
¡Nina!

ALBÓNDIGAS AFRODISIACAS

Pablo adoraba mis tetas. Cuestión de volumen. Cuestión de piel. Cuestión de hundir la cabeza en el canalillo cálido hasta perderla. Cuando terminábamos de hacer el amor, me sentaba con la espalda contra la pared y las miraba con arrobo. Las atrapaba con las manos hasta que se asomaban como prisioneras entre sus dedos largos. Las subía un poco —«Mira, Paloma, así están perfectas»—, las dejaba caer suavemente —«Me vuelven loco»—, atrapaba los pezones con los dientes y los escupía con suavidad como oscuros granos de maíz.

En la penumbra de la habitación, mis tetas resplandecían como dos idolillos satisfechos.

Agarrado a ellas, Pablo intentaba sofocar el fuego que ardía en su corazón. Estaba enfermo de amor. Decía bromeando que padecía el síndrome de Cupido envenenado: como si al angelote se le hubiera clavado una de sus flechas y, cazador y víctima al mismo tiempo, solo un amante idéntico a él pudiera curarle. Pablo buscaba con desesperación alguien a quien dedicar sus lecturas, sus escritos, sus aventuras, sus charlas, su vida. En una fiesta en mi casa, le enseñé mi armario. Usábamos la misma talla de pantalón. Se rio y me eligió como combustible para su pasión.

Yo cerré los ojos y le abrí mis piernas.

Empezó a moverse dentro de mí como una serpiente de agua. Ondulaba, mientras yo gemía de placer, con el útero abriéndose y cerrándose como una esponja en torno a él. Se movía rápido. Cada vez más rápido. Se dejó ir con un grito, pero no salió de mí. Continuó balanceándose suavemente, y suavemente la serpiente se transformó en cuerda. Cuando salió, el sexo me escocía como una herida que hubieran frotado con sal.

Pablo se lamió la mano y la colocó entre mis piernas. Me dijo: «Esta es mi cueva, Paloma, y yo soy tu puerta».

Como buen amante, era antropófago. Quería comerme y se inventó un ritual. En un libro sobre filtros amorosos leimos que, para conseguir el amor de un hombre, las brujas aconsejaban a la enamorada hacerle beber un café mezclado con su sangre menstrual. Nosotros sofisticamos la receta. Inventamos las albóndigas afrodisiacas. Un remedio unisex. Amasas la carne picada, te masturbas

y en el centro de cada bola colocas la humedad de tu sexo. Infalible.

Pablo me construía perfecta y yo desaparecía bajo tanta perfección. Yo misma, la realidad, terminé añorando su fantasía, la irrealidad. Cada día era menos mía. Hasta las albóndigas dejaron de hacerme efecto: cuando hacíamos el amor me desdoblaba. Sobrevolaba nuestros cuerpos enlazados sin saber cómo había sido expulsada ni qué hacer para ser aceptada de nuevo. Yo era otra.

A Pablo le gustaba recorrer mi cuerpo hasta dejarlo cubierto de saliva y esperma, como el rastro transparente de un caracol. Un día soñé que su lengua me encerraba en una burbuja. No podía respirar. Le grité que me ahogaba, pero él no me oía. Me desperté sobresaltada. El dormía a mi lado. Cerré de nuevo los ojos. Pablo se tumbó sobre mí para abrazarme. Cuanto más me estrechaba más me hundía, el colchón no parecía un colchón, sino arenas movedizas. «¡Paloma, despierta! Es solo un sueño». Pablo me besó la cara sudada. Me asfixiaba. Esa es la verdad.

No sé si él me amaba. No sé si yo le amaba a él. Escapé.

¿Escapé? Estaba perdida bajo la sombra de otra. Yo era la alfombra en donde la creación de Pablo se limpiaba los pies. Me fascinaba la otra y la odiaba porque me era impuesta como si fuera yo. Me odiaba por no ser como ella y, al mismo tiempo, intentaba defenderme orgullosa. Pero ¿a quién defendía? Aunque me había separado de Pablo, ya no sabía qué era mío y qué era obra de él.

Pablo, por supuesto, no se rindió. Me mandaba cartas, poemas, libros, discos, flores… El día de mi cumpleaños me envió 22 bolas de cristal, 22 esferas de vidrio transparente en homenaje a mis años y a mis tetas. Venían con un mensaje: «Cariño, he preparado dos albóndigas afrodisiacas para la cena y en cada una he clavado una vela roja con el número dos. Ven a apagarlas esta noche. Te espero».

Guardé las 22 canicas en el bolsillo y me fui al lago de la Casa de Campo a pensar si debía ir. Si quería ir. A esperar que desapareciera mi confusión. A desesperar. En cada uno de los bancos que rodean el estanque había una sombra. Empezaba a anochecer y en la penumbra las parejas abrazadas se confundían en un todo del que, de repente, surgía una mano fugitiva para enseguida volver a desaparecer. Yo era esa mano y Pablo era el todo en sombra.

Encontré un banco libre y me senté.

Con Pablo me perdía. Sin Pablo, no me encontraba. En esas estaba cuando un tipo se sentó a mi lado y me preguntó el precio. Me levanté para largarme. Y entonces le vi. En la penumbra anaranjada de las farolas creí distinguir su cara asomada a la ventanilla de un coche. No podía creerlo: me espiaba. ¡Pablo me espiaba! Todavía no entiendo qué me pasó, pero me volví con furia al tipo del banco, me subí la falda, me bajé las bragas y me senté encima de él.

Aquel polvo arrebatado me sentó bien. Pensé en las bolas de cristal, tan hermosas y tan frías. Y por primera vez desde hacía tiempo me gusté así, manchada, viva. Yo. Me separé de aquel tipo y le advertí que no cobraba, pero tampoco repetía. Sola de nuevo, lancé al lago las 22 bolas de cristal. Una a una. Muy lejos. Cuando miré hacia atrás, Pablo ya no estaba.

No me libré de él. Continuó enviándome regalos con un solo mensaje, unos versos de Salinas: *Y mientras yo te sienta, / tú me serás, dolor, / la prueba de otra vida / en que no me dolías. / La gran prueba, a lo lejos, / de que existió, que existe / de que me quiso, sí / de que aún la estoy queriendo.*

A mí solo el lago me curaba el daño que me hacía Pablo. Empecé a ir todas las semanas. Follaba con desconocidos para olvidarle y destruir a la otra, su obra. No tenía miedo. Supongo que cuando uno está desesperado juega al límite. La suerte además me acompañaba: nunca me pasó nada. Solo tengo mal recuerdo de una noche.

Me encontraba sola cuando alguien, a mi espalda, me rodeó el cuello con el brazo. Pegué un grito tan fuerte que los patos del lago levantaron el vuelo. El tipo me soltó. Estaba chorreando. Me miró perplejo, me apartó de un empujón y se alejó farfullando «Mina» o «Nina» o algo así. De una de sus manos colgaba un pato que parecía muerto. No me dio tiempo a pronunciar una sola palabra. Me apresuré a volver a casa sin estrenar y aterrorizada.

Al final averigüé que mi suerte tenía nombre. En plena faena un tipo se bloqueó. Cabreado, me soltó que él no funcionaba con mi amigo mirándonos.

Mi amigo.

Hacía tiempo que Pablo me enviaba a los tipos con los que follaba. Oculto, nos observaba. Me protegía y, de paso, se metía con ellos en mis bragas. Sus dos hermanos habían venido a buscarme al estanque. Había follado con ellos, con sus amigos, con sus conocidos y hasta con su padre en aquel banco.

Todos esos polvos… Todos suyos. Había intentado deshacerme de su sombra y su sombra jamás me había abandonado. Si la mano no conseguía separarse del todo habría que destruir la mano o el todo. O Pablo o yo. Dejé un mensaje en su contestador con una invitación a cenar y otros versos de Salinas: *El alma ciegamente siente / que la forma posible de estar juntos / es una despedida larga, clara. / Y que lo más seguro es el adiós*. Amasé la carne picada y la separé en dos mitades. En una vacié mi sexo. En la otra, cuatro cajas de Tramadol, cápsula a cápsula.

«Paloma, cariño». Pablo me abrazó temblando. Le cogí de la mano y le llevé al comedor. La mesa estaba preparada: el mantel de hilo bordado blanco y en el centro una bandeja de plata con dos

albóndigas. Le conté lo que todavía no sabía. ¿O lo sabía? Esa noche íbamos a jugar a una ruleta rusa especial, con albóndigas en vez de pistolas. Una estaba cargada de muerte. La otra, de sexo. Apenas había terminado de hablar cuando Pablo se abalanzó sobre la bandeja y se zampó las dos albóndigas.

Antes de caer, extendió los brazos y atrapó mis tetas con sus manos.

EL OLOR DURA MÁS QUE EL AMOR

Algunos días todo huele a sexo. A mi sexo. Como si mi nariz hubiera huido del centro de mi cara hacia el puente oscuro que enlaza mis piernas. Esos días el olor de mi sexo y el mundo se confunden. El mundo es la falda donde late mi sexo desnudo. La campana y su badajo. El badajo y su campana.

Nadie parece notarlo. O quizá lo notan, pero callan por vergüenza.

Hace tiempo invité a cenar a Renée, una amiga francesa. Mi novio, el que tenía en aquella época, no la conocía. Nos habíamos mudado unos días antes y en el comedor vacío colocamos una mesa y cuatro sillas. De una de las cajas aún sin desembalar rescaté una lámpara plateada. Uno de esos flexos baratos para estudiantes, que parecen de los años 50. En un momento de la cena noté un aroma peculiar. No venía del pescado que estábamos comiendo ni del queso que había para postre. No era dulce como el perfume ni acre como el sudor. Parecía más bien una de esas esencias que se te pegan a la nariz y te descolocan el estómago. Aunque abrí las ventanas, no se disipó. Quedó suspendido en la habitación, extraño, reconcentrado.

No dije nada, había algo intimidante, casi prohibido en aquel olor. Cuando Renée se marchó, mi novio explotó: «¡Joder! ¡Tu amiga apesta a chocho!». Siguió hablando —«Estos franceses son unos guarros. Si ya se sabe que inventaron el perfume porque no se lavan nunca…»—, pero yo no le oía. La palabra «chocho» flotaba en el aire como una bomba fétida que acabara de estallar. Al acercarme a la lámpara para apagarla, me di cuenta de que el ambientador no era la entrepierna francesa de mi amiga, sino la sustancia recalentada que recubría el interior de la pantalla.

Renée debió de notar el olor durante la cena, pero tampoco ella hizo ningún comentario. Los tres callamos. Esa noche lo descubrí: el sexo de las mujeres quizá huela a marisco o a pescado o a turba o, como fantaseaba Marcelo, a paté de pato, pero hay en él una nota intensa, perturbadora, también repulsiva, llámala chocho, que te golpea como el olor de esas lámparas de estudiante. Si quieres un colocón sexual, deja una encendida durante varias horas. Tan barato y efectivo como esnifar pegamento en una bolsa.

¿Y los hombres? ¿A qué huele el sexo de los hombres? A la goma,

si se la colocan para hacer el amor. A mi saliva si no se colocan la goma. Algunas veces, a tienda de campaña con montañeros encerrados durante días. Otras, a leche condensada fermentada.

El sexo hay que olerlo antes de catarlo. Antes de follar con un desconocido, lo mejor es hundir la nariz en su bragueta y aspirar con fuerza. ¿Indiferente? ¿Excitante? ¿Nauseabundo? Si se pasa la prueba con una sonrisa, ahí hay una historia esperando. En caso contrario, toca retirada o un polvo a secas. A veces es justo eso lo que una necesita.

No hay amor que dure con la nariz tapada.

No hay amor que dure.

Me llamo Rosi y trabajo como limpiadora en el hotel Colón. Tengo 23 años, una nariz pequeñita y un poco chata, como mi abuela, y dos cursos de Sociología aprobados que no me han servido para nada. Cuando terminé segundo, en mi casa se torcieron las cosas y tuve que buscarme la vida. No me salía ningún trabajo y, al final, por pura necesidad, empecé a currar como asistenta. Gracias a mi facilidad para detectar la basura he salido adelante. Ya me lo decía mi padre: «Rosi, en esta vida lo importante es tener olfato». Yo lo tengo, y tan fino como el de una embarazada.

Llevo casi un año en el Colón. Soy una de las Kellys. Cada mañana recorro las habitaciones de la planta que me han asignado. Cuando abro la puerta me recibe una bocanada que diferencia cada cuarto a pesar de la decoración homogénea. En algunos el olor es tan perturbador que retrocedo un paso. En esas ocasiones, o te zambulles o huyes despavorida. Nunca he escapado.

Me fascina ese sentimiento de *voyeur*, de estar violando la intimidad de unos desconocidos de los que de repente sé todo lo que importa: la geografía verdadera de su sensualidad, sin convencionalismos, sin límites, sin censuras.

Pongo la alarma de mi reloj, inspiro a fondo, expiro y, hecha mi composición de lugar, rastreo con respiraciones cortas y rápidas los puntos calientes del cuarto: la sábana bajera, las almohadas, las toallas… No es fácil mantener ese ritmo de jadeos. Resisto hasta que me mareo y se me nubla la vista. Entonces, me tumbo en la cama, ruedo despacito sobre ella, me tapo con las sábanas y, con los ojos ciegos, soy capaz de ver todo y sé si hicieron el amor y cuántas veces, y en qué lado de la cama durmió cada uno, y quién fue el último que se sentó en el retrete, y de quién es cada cepillo de dientes, y quién habló por teléfono, y en qué rincón de la moqueta tiraron la ropa interior, y hasta si la despedida fue alegre o triste.

El pitido de la alarma me saca del trance y me salva del mal trago de ser sorprendida tumbada en la cama, bajo las sábanas. Atontada aún, me echo agua en la cara, atravieso el cuarto y abro de par en par

las ventanas. Respiro a fondo un par de veces y empiezo a limpiar. Con el aire de la calle y los productos de limpieza se quiebra la identidad del cuarto, la fragancia a piel, a besos, a la angustia de los sueños…

Cuando dejo el hotel, una leve excitación me acompaña el resto del día. En el pelo, detrás de las orejas, en el dobladillo del uniforme llevo aún prendidas historias ajenas que agujerean, como clavos de olor, la hermética burbuja que me encierra.

Me enamoré de Marcelo en el Colón sin conocerlo. No me equivoqué. Sentí el flechazo en el almacén. En el aire flotaba un efluvio a grasa y a metal de las herramientas, a sudor, a polvo, a tabaco negro. Aquel aroma me sorprendía cuando menos lo esperaba, al doblar una esquina, en un pasillo o mientras estaba limpiando, como esas corrientes de aire caliente que atraviesas en otoño cuando paseas por el campo. Fui tirando de él hasta encontrar a su dueño, un nuevo empleado, vestido con el mono azul de los de mantenimiento. Marcelo.

Lo deseaba. Me enamoré. ¿Acaso no es lo mismo? Le escribí una nota y antes de dejarla en su taquilla, la froté contra mi corazón y mi sexo. ¿Acaso no son lo mismo? Así empezó todo. Cuando se quitó el mono, sentí ganas de llorar. Su olor era tan denso que se podía tocar. Lo recorrí con la nariz, con la lengua, con las manos avanzando apenas, recreándome en la suciedad y el sudor pegados a su piel. Aquel era un aroma para explorar y perderse y volver, sin tiempo ni alarmas que te expulsaran repentinamente. Cuando se vació dentro de mí, se quedó un rato sobre mi cuerpo. Luego, con el estallido de una ventosa, se separó y acuclillado besó mi sexo. Subió a mi boca y dejó dentro nuestra fragancia y nuestro sabor. Estaba rico. Funcionábamos.

En cuanto podía, Marcelo se escapaba del trabajo para venir a buscarme. Nos metíamos en un cuarto aún sin hacer, echábamos la llave a la puerta, cerrábamos las ventanas, corríamos las cortinas y empezábamos a acariciarnos. Y a oler. Primero, el uno al otro. Después, lentamente, a los otros. Yo ejercía de Lazarillo con él y, mientras hacíamos el amor, le describía la mezcla de nuestro olor con el de los clientes, que a veces era dulce y, otras, mustio o acre o ácido. Marcelo fantaseaba sobre quiénes y cómo serían los que dormían en esa cama. Para evitar que el morbo nos atrapara, nos prometimos no averiguarlo. De paso impedíamos que los ojos impusieran su ley y se rompiera la magia.

Después de todo, el olfato no es la máquina de la verdad, sino una forma distinta de conocimiento, más audaz, más íntima. No sirve solo para el amor de pareja. Las madres huelen a sus hijos, con los años los hijos huelen a sus padres, muchas amistades nacen en los cuartos de baño: oliendo al otro por dentro. Son relaciones, a veces ingenuas,

otras, intensas y enrarecidas, según el aire de los excusados.

Marcelo y yo hemos hecho el amor en casi todas las habitaciones del hotel. Si nadie nos ha pillado es porque nadie ha querido pillarnos. Supongo que el director tiene algo que ver. Mantener la boca cerrada vale más de un billete verde y él lo sabe. Lo sabemos los dos: él y yo. Ni siquiera Marcelo está al tanto de lo que sucedió.

Ocurrió en febrero. Me tocaba limpiar la quinta planta. Solo salir del ascensor sentí el tufo a quemado. Venía de una de las habitaciones del fondo del pasillo. Llamé a la puerta y, como nadie contestaba, abrí con la llave maestra. En la cama había una muchacha desnuda. No se movió. Comprobé que su pecho subía y bajaba. Me bastó. Era muy joven, muy guapa. A su lado, en el colchón, había una botella de champán vacía. Aunque en la moqueta solo vi algunas manchas de hollín, el olor a quemado era intenso. Abrí la puerta del cuarto de baño. Todo estaba tiznado: el espejo, el retrete, el lavabo, la ducha… En el suelo, entre restos de ropa carbonizada, había dos zapatos que parecían dos curruscos de pan quemados. En la pared habían borroneado en negro que un tal Manuel iba a morir. Sentí miedo. Miedo a que alguien estuviera espiándome y fuese a hacerme daño mientras leía aquel mensaje garabateado sobre los azulejos.

Llamé al director. En cuanto vio la escena se puso blanco, pero cuando comprobó que la chica respiraba se puso rojo y con voz ahogada exclamó que estaba harto de drogadictos, que le iban a hundir el hotel, que no quería escándalos… Me mandó limpiar el baño a toda velocidad. Él llenó la botella de champán de agua, incorporó a la muchacha y se la vació encima de la cara. Cuando por fin despertó, yo ya había acabado. Ella tampoco debía querer problemas porque no soltó prenda. Le fui a buscar un uniforme azul como el que yo llevaba. El director le dio un billete naranja para que cogiera un taxi y, vestida de Kelly, la mandó a su casa. A mí me metió uno verde en el bolsillo y me ordenó que no dijera una palabra.

Desde entonces, el jefe me trata con mucha deferencia. Aunque lo han tenido que notar, los compañeros no me han comentado nada. Más bien tendrían que gritármelo, dada la distancia que mantienen conmigo. Lo de mi olfato hace mucha gracia al principio, pero tarde o temprano la gracia se convierte en burla y la burla en molestia y al final todos me rehúyen como si estuviera apestada. La vieja cantinela de siempre. Por eso nunca duré como asistenta. Me contrataban enseguida y se deshacían de mí con la misma rapidez. Una señora me recriminó que, en toda su vida, nadie, excepto yo, le había hecho sentirse sucia. Supongo que algo parecido les pasa a los demás.

Sé cómo se sienten, la ofensa que supone la presencia de alguien con un olfato como el mío. Yo también lo he sufrido. En la última casa donde trabajé, justo antes de entrar en el Colón, vivía un tipo

obsesionado con la limpieza. Nunca se quedaba contento. Aunque yo utilizaba amoniaco hasta en los rincones más pequeños, él siempre arrugaba la nariz cuando pasaba a mi lado. Al momento venía su mujer, que si olía un poco raro, que diera otro repaso y, bajando la voz, casi disculpándose: «Ya sabes, Rosi, Fernando es un poco maniático». Era un enfermo, pero, como yo, tenía buen olfato: lo que él olía no era suciedad, era mi sexo. Lo llevaba claro, porque ahí no pensaba echarme amoniaco. Al final, me despidió. En recuerdo de los momentos que habíamos pasado juntos, yo también me despedí de él: antes de irme, me acuclillé en el pasillo y cagué.

Marcelo era distinto. El primer día que hicimos el amor colocó mi sexo sobre su cara y aspiró fuerte. «Un día me voy a perder dentro, Rosi», y se rio. Todavía me acuerdo de aquella risa. A él le gustaba mi olor y el suyo me arropó como si fuese una rebeca. Se gastaba el sueldo en latas de paté de pato. Las robaba de la cocina del hotel y, en la oscuridad de la habitación, me lo untaba con los dedos por todo el cuerpo. Y me comía un pie, y luego el ombligo, y luego un brazo…

Pero mis amores, como mis empleos, jamás han durado. Marcelo también se hartó. Comenzó a espaciar nuestros encuentros y, cuando estábamos juntos, parecía otro. Dejó de traer paté y, al preguntarle el porqué, me dijo, con la sonrisa torcida, que estaba empachado. Se corría enseguida, se vestía enseguida, y enseguida volvía al trabajo.

Un domingo por la tarde me puse de rodillas y le abrí la bragueta. Olía a jabón. Solo a jabón. Me separó de él con un golpe seco. «En esta relación somos tres: tú, yo y tu obsesión. Yo sobro, Rosi. Me siento enfermo, todo me huele a tu sexo». Abrió la puerta y se fue. El lunes se despidió del hotel.

Yo fui un capricho para Marcelo. Igual que un perfume que descubres y no entiendes cómo has podido vivir sin él. Lo identificas contigo, y un día, de repente, descubres que te empalaga. Te sobra.

Marcelo nunca fue un capricho para mí.

Guardo un calzoncillo que olvidó en casa. Hundo la nariz en la tela y lo tengo de nuevo entre mis brazos, desnudo. El olor dura más que el amor. Duele, sí, pero me dolerá aún más cuando se mitigue y desaparezca. Entonces no podré retener a Marcelo, ya no estará, se habrá evaporado. Muerto. Y me quedaré de nuevo sola, encerrada en mi propio olor.

Tampoco contigo, amor, el amor ha sido para siempre.

* * *

—¡Qué mala cara tienes, Rosi!

—No he dormido bien.

—Salgo a las siete. ¿Te espero y nos vamos a tomar una copa?

—No, gracias, Tito. No tengo ganas. Estoy cansada. En cuanto acabe el turno me voy para casa.

—Anda, mujer. ¡Cambia ese gesto! Si deberías estar celebrando haberte quitado de encima al mofeta de Marcelo. Venga, no seas tonta, te invito a cenar.

—No, de verdad, otro día.

—¡Cómo sois las tías de raras! Es que no hay quien os entienda. Bah, allá tú. Hasta luego.

Huele a curri este portero…

VEN, VEN, VEN

Dicen que el amor siempre llega por sorpresa, justo por donde uno no estaba mirando. Pues no es verdad. O es verdad solo a medias. A mí me llegó por sorpresa, es decir, me sorprendió. Pero bien que lo estaba buscando. Día tras día observando esos coñitos abriéndose y cerrándose delante de mis narices como peces boqueantes. Ven, ven, ven.

No conozco imagen más hipnótica: los pies de una mujer unidos muy cerca de mí, aún juntos se alejan mientras se flexionan las piernas y, con un golpe súbito, se separan hacia los lados, tirando con ellos de tobillos, pantorrillas, rodillas, muslos, y ahí está: la branquia submarina de su ama aspirando y expirando. Como un telón de teatro, el estrecho tirante que los bañadores llevan en la entrepierna muestra y oculta sus labios. Rítmicamente. Repetitivamente. Sensualmente. Empalmadamente.

Nadar empalmado es hedonismo en estado puro. En estado líquido. Cojo aire, meto la cabeza, suelto el aire y ante mis ojos aparece rayado, como en un televisor mal sintonizado, un pez de gruesos labios boqueando: ven, ven, ven. Voy, voy, voy tras él fascinado. En la siguiente vuelta, toma el relevo un pez pequeñito, imberbe y rayado. Ven, ven, ven. E infiel al individuo, pero fiel a la especie, voy, voy, voy.

Ante mí se van sucediendo improvisados pescaditos morenos, rubios, algún pelirrojo, mientras hago mis 40 largos diarios. De repente, noto que el timón está desplegado. La sensación es tan placentera, tan íntima, tan secreta que, mientras avanzo, me concentro en los sucesivos guías que me dirigen —ven, ven, ven— para poder nadar empalmado:

Cuarenta largos.

Dos mil metros.

Una hora disfrutando.

Voy, voy, voy.

Todos los coños, sin excepción, están mal sintonizados porque las gafas para la piscina se rayan tan pronto como entran en el agua. En cuanto las he usado dos veces, pierden además la protección *antifog* y se empañan. Da igual la pasta que me hayan costado. Esa nube

delante de los ojos es ya parte del ritual diario, como echar talco en el gorro para que no se pegue el plástico, colgar la llave de la taquilla en el cordón del bañador, ponerme los tapones en los oídos o hacer 20 respiraciones cuando acabo la serie.

Las gafas aumentan al mismo tiempo mi apetito y la impresión de irrealidad. Me hacen sentir como un tiburón enjaulado por delante del cual pasaran apetitosas presas, pero estas surgen tan distorsionadas que nunca sé si son un espejismo o si existen de verdad. Una confusión muy estimulante, porque es la persecución lo que me excita y no la caza, la tensión y no la posesión. Coñitos codificados que no quiero descodificar.

Que quede claro. No soy uno de esos cerdos babosos que van a la piscina a mirar a las tías para luego hacerse una paja. Ahí, dale que dale, en la penumbra de los pasillos o en las duchas, como si no pasara nada. Hasta la idea de follar dentro del agua me hace sentir incómodo. Estoy seguro de que nadie en el vestuario sospechaba de mí, y allí nos tenemos todos muy bien calados.

Lo que ha ocurrido es otra cosa. Un buen día apareció delante de mí un pez boqueando, ven, ven, ven, y algo sucedió. Por primera vez deseé eliminar las interferencias y acortar la distancia para oler, acariciar, saborear, obtener la pieza. ¿Instintos? ¿Amor? No es ese el asunto. El asunto es que, con las gafas empañadas y la piscina llena, soy capaz de distinguir a esa mujer bajo el agua, aunque si me cruzase con ella por la calle no la reconocería.

No sé cómo es su cara y ni siquiera estoy seguro de cómo es su cuerpo, porque nada tienen que ver la perspectiva de abajo y la de arriba, la vida seca y la vida húmeda. Hagan la prueba. Tírense al agua, y allí abajo, abran los ojos y observen. Las piernas de los que arriba se mantienen separados aparecen entrelazadas, los púdicos se muestran impúdicos, los flacos engordan y los gordos adelgazan, lo formado se deforma y lo deforme se endereza, lo firme se hace vacilante y lo fofo se aprieta.

Yo elegí hace tiempo la vida húmeda. Elegí, si es que uno en esta vida elige algo. Todo empezó esquiando: una caída, el cierre de seguridad que no salta, una mala torsión de la rodilla izquierda y rotura de casi todos los ligamentos. Me han operado varias veces para reconstruirlos. Aunque no cojeo, me ha quedado una rodilla inestable y la disciplina de nadar todos los días para que no me duela la articulación ni se atrofie el cuadríceps que la sujeta.

Quién me iba a decir que una obligación podría ser tan placentera. Un placer obsesivo. Una obsesión que ha dado a mi vida un sentido —una recta definida por corcheras— y le ha impuesto unos límites claros: 50 metros de largo, 25 metros de ancho y la temperatura a 27 grados.

Ese breve espacio líquido define un mundo donde nada, excepto lo que en él acontece, tiene importancia. Hasta el cambio de nivel contribuye a ello. Uno se hunde y, sin embargo, no se siente indefenso, sino inmerso en un planeta aparte con sus propias leyes de gravedad y sus normas de etiqueta, circulación y comunicación. Como Alicia tras atravesar el espejo. En realidad, la piscina es el único espejo que se deja atravesar.

Al otro lado me esperaba ella. O ello. O elle. Como quieran. Pero pasó mucho tiempo antes de que lo descubriera.

«Si practica ese deporte no se resentirá su rodilla», me dijo el traumatólogo. Sin aristas, sin golpes secos, sin torsiones violentas. Con placer descubrí que era preciso dejar la ropa, los zapatos y la identidad en las taquillas del vestuario. Anonimato. Todos llevamos la misma máscara y, a ras del agua, todos estamos a la misma altura. Inmersión. En dos patadas —espalda, crol—, en dos brazadas —mariposa, braza—, era parte de la fauna y flora de mi nuevo hábitat.

Puedo pasar el día sin comer, sin beber, sin leer, sin hablar, pero no puedo pasar el día sin nadar. He recorrido casi todos los polideportivos de la ciudad y conozco muchos de fuera. Yo no me muevo sin saber si hay una piscina cerca. Me preocupo antes de localizar una que de buscar un hotel cuando me voy de vacaciones o si tengo que viajar por motivos de trabajo. Necesito mi dosis de agua clorada, eso es todo.

Nado todos los días del año. Me desvisto, me pongo el bañador y me dejo llevar. Como un yogui, acoplo mi respiración al agua mientras siento su caricia por el cuerpo. Tomo aire. Aaaaa. Y lo suelto. ¡Ooomm! Nada me calma tanto. Será que antes de salir al mundo crecimos en una cálida pecera donde todas nuestras necesidades estaban cubiertas. Ahí se formó la banda sonora de nuestra vida: Aaaaa (el bramido del mar). ¡Ooomm! (el beso final de la ola). Aaaaa (energía). ¡Ooomm! (quietud). Aaaaa. ¡Ooomm! Aaaaa. ¡Ooomm! Aaaaa. ¡Ooomm! Aaaaa. ¡Ooomm!

A menudo en el vestuario me miro entre los dedos de los pies con la secreta esperanza de descubrir que me han crecido membranas. La vida seca cada vez me sienta peor, mi piel se escama y los ojos me arden. No puedo pasar junto a una pileta sin sufrir porque no estoy dentro, sino fuera. Hasta el delfinario del zoo, tan azul, tan grande, me provoca escalofríos.

Intento darme gusto y no perder la calma. En primavera y en verano, por la noche, me planto con la toalla en el lago de la Casa de Campo o en el estanque del Retiro, cuando no hay nadie. Y en otoño y en invierno, en cuanto hay ocasión, me doy un remojón en una fuente. ¿Que gana el Atlético? Allá voy yo con los hinchas a chapotear en la de Neptuno. ¿Que ha ganado el Madrid? A celebrarlo a la Cibeles.

Ni así tengo suficiente. Es imposible calmar una obsesión. No importa lo que hagas, pide y pide y, en la sombra, sin que tú te des cuenta, se deja montar, queda preñada y de ella nace otra boca insaciable que pide y pide y de la que más tarde nacerá otra. Y otra. Y otra.

Es curioso porque casi ninguna piscina me gusta. O es demasiado pequeña, o tiene forma de riñón, o hay una parte inservible porque la han reservado para los niños, o han plantado una isleta en el centro, o no hay luz natural, o no está dividida en calles, o las corcheras dejan pasar las olas, o el agua está demasiado caliente, o está turbia, o no llega a los bordes, o tiene demasiado cloro…

Y luego está la gente. Los viejos que se entretienen nadando alrededor del vaso en lugar de seguir una calle. O los que se empeñan en no dejarte adelantar. O los que adelantan sin mirar y se empotran contra ti, que vas en dirección contraria. O los que te avasallan nadando a mariposa. O los que no llevan el ritmo. O los que no se mantienen en su lado e invaden toda la calle. O los que se creen que las corcheras están hechas para apoyarse en ellas y charlar. O los niños que se ponen a jugar.

Durante años soñé con una piscina desierta, sin más compañía que la sombra que en verano el sol proyecta bajo mi cuerpo. Ya no me basta desde que apareció ella. Necesito ver el pez que esconde entre sus piernas, que se abren y se cierran, mostrando y ocultando. Sus piernas abriéndose y cerrándose. Hipnotizándome. Para cuando ese día llegue guardo en una pecera los rizados restos del sedal negro con el que me enganchó. Los rizados restos de sedal negro que han quebrado el espejo.

Hace tiempo que no estoy con una mujer. Julia, la última novia que tuve me pegó unos hongos. Lo raro es que no me pegara nada más. Aquella loca vivía con cuatro patos en una pocilga. Cada vez que acabábamos en su cama, parecía que nos lo habíamos hecho en el zoo. Tenía su morbo aquella historia, costaba atravesar la barrera del asco, pero cuanta menos ropa teníamos encima y más plumas nos cubrían más nos excitábamos.

El médico me prohibió que fuese a la piscina hasta que la infección remitiera. Solo llevaba tres días sin nadar y ya dormía mal, me comían los nervios, no podía parar quieto. Me impuse una penitencia, adiós a los revolcones con Julia y, a cambio, me concedí un premio de consolación, volver a la piscina. ¡A ver quién se atreve a decir una palabra si allí flotan más babas que polen hay en el aire en primavera!

Julia se disolvió en el agua. No fue la única. Por la piscina he sacrificado mi vida sexual, reuniones con los amigos, comidas con la familia, una pareja… No echo de menos nada ni a nadie. Si por azar alguna ausencia me duele, nado un par de largos más y el cloro la

deshace con rapidez. Soy como un palo clavado en el río con medio cuerpo dentro y medio fuera: aunque esté entero, aparece quebrado. El juego de emitir juicios y sacar conclusiones de las apariencias se lo dejo a los demás, a los que son de secano. Yo he limitado esa parte de mi existencia al mínimo, el trabajo y la comida, porque me sostiene una certeza: lo que la vida te da con una mano, con la otra te lo quita, y en la piscina nadie te da ni te quita. O eso creía.

Veo los restos del sedal negro en la pecera y no paro de pensar en ella y en sus labios llamándome, esperándome.

Todo empezó como un juego. Se me ocurrió encontrarles pareja en la piscina a los coñitos que seguía, como si fueran cerraduras. Nadaba detrás de ellos y después, al entrar al vestuario, analizaba con el ojo experto de un sereno el muestrario de llaves en torno: circuncidadas y sin circuncidar, diminutas, desmesuradas, con *piercing*, regordetas, torcidas como ganchos, renegridas, rosáceas, pálidas… La mayoría de ellas, independientes del cuerpo de sus dueños, viejos con pollones hasta la rodilla junto a jóvenes musculosos con una pollita.

Quizá me colgué de aquel coñito en concreto porque ninguna llave me pareció la adecuada. Quizá la descarga hormonal de aquella primavera me afectó especialmente. Lo buscaba cada vez que me zambullía. Integré la persecución en mis hábitos, como el talco en el gorro o los tapones en los oídos, sin darme cuenta de cómo cambiaba la rutina. Mi ritmo al nadar se transformó: pasé de respiración fuera-dentro (Aaaaa. ¡Ooomm! Aaaaa. ¡Ooomm!) a respiración fuera-dentro-dentro-den-tro-tro-dentro.tro. Casi ahogado salía a coger aire y repetía la secuencia a la caza de una imagen empañada en el espejo. He llegado a hacerme 50 metros sin sacar la cabeza. Ya no nadaba, buceaba a ras del agua.

Una vez localizado, si otro pez se me colaba, lo adelantaba. Los improvisados guías que antes me divertían se convirtieron en desagradables y torpes intrusos. Me olvidé de cerraduras y de llaves, de los 40 largos y de mi rodilla. Hipnotizado por el movimiento que ella imprimía a sus piernas, que mostraban y ocultaban al abrirse y al cerrarse, perdí la noción del tiempo y del espacio.

Mi retorno a la realidad fue tan brusco como doloroso. Un día de verano no la encontré… Rastreé la piscina con la cabeza girando como un periscopio enloquecido bajo el agua. No está, no está…, me repetía desesperado. De repente lo sentí cerca. Ven, ven, ven. Aquellos labios, cubiertos durante meses por un bañador negro, me llamaban desde la entrepierna ahora amarilla de la braga de un biquini.

Fue el comienzo de los cambios. Mi falsa rutina se vino abajo. En los seis meses siguientes aquella mujer utilizó bañadores distintos. En agosto se pintó las uñas de rojo, en octubre de blanco y en diciembre de negro. A veces, se colocaba una cadenita plateada en el tobillo

derecho y otras, una cadenita dorada en el izquierdo… Pero después de aquel primer susto, no volví a perder su pista. La reconocía siempre, aunque las coordenadas fuesen diferentes.

Su ritmo, antes tan regular, también varió: de repente se aceleraba o se detenía en medio de un largo y se quedaba allí con las piernas balanceándose en el agua y las manos aferradas a la corchera. Jamás me detuve ni levanté la cabeza. Seguía de largo, rozándola al pasar, y la esperaba impaciente en el extremo de la calle. Animado por aquel leve contacto, imaginaba que venía a mi encuentro para entregarme su ofrenda. La veía acercarse a mí y, como si estuviera relajándome tras un largo esfuerzo, cerraba los ojos y dejaba flotar hacia ella mi brazo y en su extremo mi mano abierta. Cuando volvía a abrirlos, ella ya no estaba. Mi brazo caía triste hacia mi costado.

Yo lo único que quería era que se congelara el tiempo para escuchar eternamente aquel canto de sirena: ven, ven, ven. Pero como el tiempo no se detiene, ni siquiera bajo el agua, se me abrió un apetito feroz. Cada vez que se abrían sus labios, sentía que de ellos salían pequeñas escamas de comida, como las que se echan a los peces en el acuario. Intenté acercarme sin conseguirlo. Deseaba tocarlo, besarlo, devorarlo. Ella me lo impedía. Cada vez que yo extendía un brazo para acariciarlo, lanzaba contra mí sus piernas. Su propio ruido al nadar no le permitía oír el mensaje que su coñito boqueaba: ven, ven, ven.

No sé cuánto duró ese tormento. Un día, al tirarme al agua, supe que ya no aguantaba más. La agarré de las piernas, se las abrí, me introduje entre ellas, abrí la boca y al cerrarla sentí que tiraban de mí. Gritos, insultos, brazos que me sacaban a golpes de la piscina, que me empujaban a golpes al vestuario, que me echaban a golpes del polideportivo. Empapado, con las gafas de plástico colgando del cuello y a medio vestir, me encontré en la calle. Al hombre-cepo le dolían las mandíbulas de tanto apretarlas. Me habían expulsado del otro lado del espejo.

Tengo siempre ante mí la prueba de mi obsesión. De mi encantamiento. De mi dependencia. Cuatro trozos del sedal negro que me enganchaba a ella, que me arrastraba tras ella. Cuatro pelos. Flotan en esta pecera que llevo conmigo de habitación en habitación.

Ahora, a esperar que me crezcan el bigote y la barba. Cuando suceda, me cortaré las patillas, me raparé el pelo y pillaré el DNI de cualquiera con ese aspecto. Dejaré de ser Antonio y, sin que nadie me lo impida, entraré en la piscina para buscar ese coñito de nuevo.

Voy, voy, voy.

MENTIRA. TODO MENTIRA

—La cuerdecita blanca no colgaba entre mis piernas y, como no sentía las molestias de ese cuerpo extraño y tampoco sangraba, me dejé el tampón allí dentro, olvidado. Durante el día hacía vida normal, pero en cuanto me dormía, la habitación se iluminaba con un tenue resplandor, una fosforescencia verde que salía de mi vientre, como si en la cálida y húmeda oscuridad hubiese anidado una luciérnaga. Llegó la fecha de mi siguiente regla y, en lugar de sangre, surgió un tallo fino y largo. Echaba hojas grandes y hermosas, que no se quebraban ni languidecían por la estrecha presión de las bragas ni del traje de baño. No me asusté. Tenían el mismo color que la barra vertical de hierro que sujetaba los columpios del colegio. A la salida de clase, mientras mi madre me esperaba en la puerta principal, yo salía por otra lateral y corría a ese rincón del patio. Dejaba la cartera a un lado y, sin pensar en nada ni en nadie, escalaba la larga barra. A veces tenía que subir y bajar, subir y bajar hasta que de repente notaba calor y una sensación intensa que me agarraba entre las piernas, se extendía al culito huesudo que aguantaba tenso, me apretaba el estómago y de allí seguía al cuerpo entero que se aferraba con todas sus fuerzas al hierro. Con las piernas y los ojos muy cerrados, la intentaba retener. Imposible. Caía lentamente hasta que al tocar el suelo desaparecía el efecto. Nunca se lo conté a nadie, ni a mis amigas ni a mi madre. No sabía que había encontrado a mi primer amante, pero sabía que fuese lo que fuese aquello no les iba a gustar.

—¿Piensas en la masturbación como en un amante?

—Es una forma de hablar, pero sí, creo que sí.

—Volvamos al sueño.

—Aquellas hojas y el tallo tenían el mismo color que la barra del colegio. Quizá por eso no tuve miedo. Me miraba en el espejo y parecía una de esas estatuas antiguas con un tanga de hojas de parra. El hueco había generado su propia vida y esa vida, que alimentaba mi sangre, era tan exuberante que crecía y se mostraba al mundo. Cuando me desperté, tenía la mano sobre el sexo.

—¿Cómo te sentías?

—Muy tranquila. Protegida. Como cuando nadas en el mar y el agua está muy fría y por mucho que nades no se te quita la piel de

gallina y de repente te cuelas en una corriente templada que se ajusta a ti como un abrigo. Me sentía llena, viva. Aún medio dormida, metí el dedo en mi sexo y solo encontré vacío. Ahí se rompió el encantamiento.

—¿Has tenido otros sueños esta semana?

—He tenido uno que también me gustó, aunque no tanto como ese. Me escocían mucho los dedos. Estaban cruzados por pequeños cortes hechos con cuchillos, con el filo de los papeles, con las plantas, con yo qué sé qué. De repente mi sexo giró hacia ellos y empezó a soplar. De sus labios salía un fuerte aire caliente que aliviaba el dolor. Poco a poco, se convirtió en una brisa que rozaba mis yemas como una caricia. Al final, cuando más relajada estaba, cambió el sentido del aire: en lugar de soplar, mi sexo empezó a aspirar mi mano, mi brazo, mi cuerpo, mi cabeza, hasta que desaparecí entera por el agujero. Dentro estaba oscuro, pero aquel espacio tenía el color, el olor, el sabor y la textura del chocolate. Me sentí bien. Lo recorrí despacio, encontré un huequito con el tamaño de mi cuerpo, me tumbé, lo chupé con la punta de la lengua y me dormí. Ahí terminan los sueños agradables. Fin. Los demás han sido pesadillas con Ricardo. Con su ausencia… Ya sabes, lo de siempre.

—Vuelve a contármelas.

—Sujeto a Ricardo con un alambre negro. Una ráfaga de aire lo lanza lejos de mí y el alambre, en su huida, corta la palma de mis manos y me lacera los dedos. Con una violenta sacudida, un golpe seco, logro estabilizar el alambre. Ricardo está ahora flotando arriba y yo, clavada en el suelo. Con las manos ensangrentadas, enrollo con cuidado el alambre para traerlo junto a mí. En cuanto lo he acercado un poco, vuelve a separarse con tirones tan bruscos que temo que me vaya a arrancar las manos. Al final, ya no aguanto más el dolor y corto el alambre con los dientes. Esa es la pesadilla al aire libre. El resto del repertorio es más claustrofóbico. Por ejemplo, estamos en la cama. Su rostro está tan cerca del mío que respiro su aliento. Le miro a los ojos y en sus pupilas no encuentro mi reflejo. El no dice nada. Me levanto, voy al cuarto de baño y el espejo me devuelve mi imagen con dos ojos negros en el rostro y dos párpados rosados en el pecho. Vuelvo al dormitorio. Al cruzar la puerta, nada es lo mismo, o sí lo es, pero es como si hubieran pasado mil años. La habitación está llena de polvo y de telarañas, y amarillea el color blanco de las paredes y de los libros abiertos sobre la cama. En los armarios cuelga ropa vieja y hay un monedero viejo en un bolso viejo y todo está cubierto de una suciedad vieja. La cama está medio deshecha, pero en ella no hay nadie. Como si a Ricardo se lo hubiese tragado la tierra. Pienso en regresar al cuarto de baño, pero temo no encontrar mi imagen en el espejo. Siento mucho miedo, pero jamás logro despertarme para escapar

porque estoy despierta. Despierta en el sueño, quiero decir.

—¿De qué tienes miedo?

—De perder a Ricardo. Me despierto y en la oscuridad no lo veo. Extiendo una pierna para tocar su pie con el mío, intento acariciarle la cara, pero no lo encuentro. Cojo las cerillas de la mesilla, enciendo una y lo veo al otro extremo de la cama. El colchón es grande, muy grande, como una piscina olímpica. Lo llamo, pero no me oye. Voy hacia él, pero enseguida se apaga la cerilla. Vuelvo a mi lado, cojo la caja de la mesilla y voy encendiendo las cerillas una a una, mientras avanzo a toda velocidad, llamándole. No se despierta. Cuando la última cerilla se apaga, él sigue lejos, muy lejos, y yo me quedo gritando en la oscuridad. Ya no digo su nombre. Solo grito, aterrorizada.

—¿Siempre está Ricardo en tus pesadillas?

—Sí, pensaba que con la terapia el recuerdo de Ricardo dejaría de doler y desaparecería, pero ya ves. Es como una de esas pastillas que se te quedan pegadas en la garganta y, por más agua y más bolas de pan que tragues para arrastrarla, no baja. Incluso en las pesadillas en las que no aparece, está. Hay una en la que estoy en la cama, sola. Le estoy esperando. El latiguillo de un nervio me azota la espalda, mientras miro fijamente la puerta del dormitorio. Está cerrada. Tengo miedo de que se abra y no reconocerlo. Tengo miedo también de que no se abra, de que él no aparezca. De que la vida sea esta espera que sé que no acabará bien. A veces me despierto y, en la oscuridad, no sé si estoy sola o él está conmigo. Tengo frío, pero no me atrevo a arroparme por si acaso está y le despierto y no reconozco su cara, su nariz ancha, sus ojos, sus entradas, su boca grande, su piel marcada por la viruela, su cuerpo largo… Largo como la barra.

—¿Qué crees que significa que recuerdes tus sueños con tanta nitidez?

—Los escribo para contártelos. A menudo, pienso que quizá me los invento, como le inventé a él, al amor y hasta a mí misma. Tengo un largo entrenamiento como fabuladora, no lo olvides. Durante un año entero me inventé día tras día, noche tras noche, una pasión. Sobre la nada, levanté un universo. Todas esas cartas de amor llenas de poesía, de dibujos… Mentira. Todas mentira. Inventadas por mí, por la estúpida de Consuelo. La estúpida de Consuelo que conoce a un tipo, pasa unos meses estupendos con él y luego, como tiene previsto, se va a pasar un año a Viena con su beca de estudios en el bolsillo y un amor calentándole el corazón. Ricardo se me subió a la cabeza. Apenas me escribía, no encontraba nunca el momento para venir a verme y me había pedido que no le llamara. Se estaba separando de su mujer y no lo estaba pasando bien. Pues cuanto más difícil me lo ponía, con más facilidad crecía mi amor. Nueve meses, estuve nueve

meses completamente borracha de pasión. La resaca fue histórica. Un día dejé de recibir sus cartas. Le torpedeé con telegramas y, como seguía sin dar señales de vida, le llamé para saber qué pasaba, si se había acabado lo nuestro. Muy seco, me dijo que no se podía acabar lo que nunca había existido. Dos minutos y ahí se quedó la estúpida de Consuelo, con su historia de mentiras bien ceñida alrededor del cuello. Descubrí que si la ficción no crea amantes de carne y hueso, tampoco mata. Aguanté mis tres últimos meses en Viena, el tiempo suficiente para que no quedara ni un solo cascote de amor dentro de mí. Si no sabía distinguir las verdades de las mentiras, mejor eliminarlo todo. Cuando Derribos Consuelo acabó su trabajo aquello era un solar. Me quedé hecha una mierda. Tenía ganas de llorar todo el día, pero solo me dejaba ir por la noche. Estaba perdida. No entendía nada y me fui aislando en mi propio caos. No tenía a nadie con quien hablar, nadie a quien acudir, nadie a quien poder confiarme, nadie que me acompañara, nadie que me consolara, nadie que me abrazara. Estaba sola conmigo misma. Una loca encerrada con otra loca. Apenas comía, empecé a sangrar como si tuviera la regla, pero eso más o menos cada diez días, y tenía tantas pesadillas que no me atrevía a dormir. Me quedaba colgada cada noche mirando por la ventana del patio la televisión de la casa de enfrente, hipnotizada por esos azules y verdes espectrales, hasta que alguien la apagaba.

—¿Por qué no regresaste antes a Madrid, a tu casa, con tu familia y tus amigos?

—No lo sé. Es difícil escapar del sufrimiento. Pero un día soñé que sobrevolaba mi cuerpo dormido. Lo vi. Me vi. Mi cuerpo acurrucado formaba una interrogación. Y, como pasa en los sueños, supe en un fogonazo que la única respuesta a tanto dolor estaba en mis dedos. Una repuesta breve, fugaz, pero una respuesta. Mis dedos calman mi cuerpo y, sobre todo, me hacen compañía hasta que me duermo. Ahí se encierran todos mis amantes. Los llevo conmigo siempre. Cómodo, ¿no? La masturbación pasó de ser un rito a convertirse en una droga que, desde entonces, me aísla y me protege. Sin olvidar que es mi *raison d'é-tre* literaria. Si no se hubiera convertido en una obsesión, jamás hubiera llegado a ti ni te escribiría mis sueños. Mis dedos hacen de mí una psicópata literaria. Erotómana literaria, me gusta más.

—¿Te sientes más tranquila después de masturbarte?

—Agotada más bien. No busco otra cosa. Cerrar el círculo abierto con mis dedos y dejar que el esfuerzo consuma mi energía y me cierre los ojos. Te lo voy a intentar explicar mejor. Es como si yo fuera una habitación en donde solo entrase el sol al final del día e iluminase solo una esquina. Mientras me mas—turbo, mis angustias, mis peces abisales, se aprietan los unos contra los otros, sin removerse ni pelear. Es el único momento de paz. Me vacío y no pienso en Ricardo… Ya,

ya lo sé. Sé que me muevo en un universo muerto del que tengo que salir, pero todavía no. No mientras el corazón me lata así de mal.

—¿Te masturbas cuando estás con otros hombres?

—No, y tampoco dejo que me masturben ellos. Eso es algo para mí sola. De todas maneras hace tiempo que no estoy con nadie. Tampoco lo echo en falta. Las relaciones que he tenido después de lo de Ricardo han sido de usar y tirar. Después de aquello pasé por una época en la que veía cada erección como un imperativo categórico. Una erección es algo bien real, ¿no? Ahí sí que no te puedes inventar nada. Pues en cuanto uno se empalmaba, yo me abría de piernas y dejaba que la realidad hiciera su trabajo. Pero jamás dejé que me masturbaran. Necesito estar sola para que surta efecto. En Viena empecé a masturbarme para olvidar a Ricardo. Después de un tiempo, creo que su fantasma encontró que las pesadillas eran mejor lugar para incordiarme. Lo que siento por él no es nada erótico, es más bien como ese picor que sienten los cojos en la pierna que les falta y les vuelve locos. Pero algo… Algo ha cambiado mientras me masturbo.

—¿Qué ha cambiado?

—Hay un hombre en la piscina. No lo conozco, pero hace unos días ocurrió algo… Algo… Fue horrible…

—¿Qué ocurrió? Respira despacio.

—El hombre…Él… Él me agarró… Y…

—Cálmate, Consuelo. ¿Qué sucedió?

—Me mordió en…

—¿Te mordió?

—Me mordió en… entre las piernas… Y… Y…

—¿Te hizo daño?

—Sí… No… Fue… Fue el susto… Lo echaron…

—Por favor, respira y cuéntame todo desde el principio.

—No sé desde hace cuánto tiempo me seguía mientras nado. Me di cuenta en verano. Al principio, me asusté. Luego… Luego empezó a excitarme el sentimiento de la espera. Como… Como si… quien me siguiera fuese Ricardo… No que fuera Ricardo, entiéndeme, sino un Ricardo que me siguiera. Otro, ¿me entiendes? Empecé a imaginar a aquel hombre nadando detrás de mí mientras me masturbaba. Siguiéndome. Pendiente de mí. Soñé una vez con él. Estábamos en la piscina. En el sueño era yo quien perseguía en el agua a mi perseguidor. Sabía que si quería conocerle, tendría que darle alcance. Por fin, le agarré de un pie. Cuando él iba a darse la vuelta, me desperté. Yo, que no consigo despertarme en las pesadillas, me desperté cuando por fin iba a averiguar quién era aquel hombre. Y ahora ha desaparecido… Ya no está… No… No está…

—Tranquila, Consuelo, respira. Así. Despacio. Tenemos que dejarlo aquí, ya ha pasado la hora. Mira, vas a tomar Trankimazin 0,5 dos

veces al día, al despertarte y al acostarte.

—¿Es que no lo entiendes? Ese hombre ha desaparecido, como Ricardo.

—Consuelo, ese hombre te atacó. El próximo día retomaremos el asunto en el punto donde lo hemos dejado, ¿de acuerdo?

—¿Y si me lo he inventado todo? ¿Si todo es mentira? Todo mentira otra vez.

—¿Es mentira?

—No lo sé.

PASO A REFERIR LOS HECHOS

Mi abuela agarró la plancha, dejó a los niños con una vecina y se fue a la casa donde vivía aquella puta. Esperó en el portal con el cuerpo rígido y la mano derecha metida en el bolso. No notaba nada, ni las miradas curiosas de los vecinos que entraban y salían, ni el calor, ni el cansancio, ni el corazón desbocado. De repente oyó pasos en la escalera, y allí aparecieron cogidos del brazo. La abuela soltó un grito y blandiendo la plancha se abalanzó contra la cabeza teñida de la mujer. El abuelo detuvo el golpe, aferrándole la muñeca, mientras su amante escapaba a la carrera gritando como una cerda. No le pasó nada. Solo se llevó un buen susto. La peor parte le tocó a mi abuela. Al sujetarle el brazo, el abuelo frenó en seco toda la tensión acumulada que, en ese momento, se catapultaba con la plancha. La tensión cambió de sentido y, como un látigo, golpeó a la abuela en la cara.

Se le paralizó medio rostro. Recuperó a su marido y, con el tiempo, la movilidad perdida, aunque le quedó alguna secuela. Cuando se adormilaba se le abría el párpado izquierdo poco a poco y se quedaba con un ojo abierto y el otro cerrado. Pasabas delante de ella y sentías sobre ti, como un foco, esa mirada marrón, enorme, fija. Nunca sabías si de verdad dormía o estaba fingiendo y la duda hacía que, sin darte cuenta, aceleraras el paso. Pero a quien más le impresionaba aquel ojo siempre vigilante era a mi abuelo, que no se atrevía a moverse de su lado, aunque ella estuviera roncando. Al despertar, la abuela decía que el ojo le escocía y añadía, y eso sí que era extraño, que lo notaba muy fatigado. Como si el derecho descansara y el izquierdo estuviera 24 horas al día trabajando, 365 días al año. El abuelo, al oírla, se ponía un poco raro. Aunque la abuela se quejaba, se notaba que a ella la parálisis no le importaba. No volvió a saber nada de aquella puta. Ni de esa ni de ninguna otra.

—¡Otra vez con esa historia, Carmen! ¿No irás a empezar de nuevo?

—Es que me acuerdo mucho de la abuela, Nacho. A pesar de lo del ojo, era tan guapa que llamaba la atención. Era morena, pequeñita y estaba llena de vida. Yo creo que las mujeres de la familia hemos salido a ella porque lo aguantamos todo. Todo, menos la infidelidad. Hasta la tía Avelina, que trabajaba en una barra americana, le fue fiel

al tío Urbano. A las cinco de la mañana, dejaba al cliente con el que estuviera, fuese quien fuese, y se iba para casa, donde él la esperaba en la cama. Y fíjate en mi hermana Julia. La pobre no se movió del lado de su marido hasta que aquel desgraciado la palmó. Claro que a ella, al menos, Fernando le fue fiel.

—Sí, y ahora Julia anda como una cabra loca. ¡Menuda herencia os dejó vuestra abuela! Bueno, me voy al hospital que es muy tarde.

—¿Vienes esta noche?

—No, tengo guardia.

—¿Guardia? No me habías dicho nada…

—Se me habrá pasado, Carmen.

—Pero ¿esta noche?

—Sí, esta noche. Por favor, no empieces a darle vueltas a la cabeza. Y no quiero encontrarme mañana con otra plancha nueva, ¿eh? ¿Por qué no llamas a alguna amiga y vais al cine o dais un paseo y te compras las sandalias que vimos el otro día?

—¿Sandalias? Sabes perfectamente que no me gusta enseñar los dedos de los pies.

—¡Joder, pues te compras unas botas! No me mosquees, Carmen, que enseguida te disparas y te pones a delirar. Estoy del rollo de la fidelidad, de la plancha y del ojo de tu abuela hasta los mismísimos. Mira, normal, lo que se dice normal, tu familia no es, así que cuanto menos te parezcas a ella, mejor. Venga, no te enfurruñes, dame un beso. Uno de verdad… Así. Te quiero, mi amor.

—Yo sí que te quiero. No te olvides de llamarme luego.

Anormales. Mi familia está llena de anormales. Por lo visto, lo normal es lo que hace él: engañarme y drogarme mientras folla con otras. Y si eso no fuera bastante, tengo que aguantar que me diga que no soy normal porque desciendo de una panda de anormales. Que me insulte lo que quiera, pero pienso contarle las veces que me dé la gana lo de la abuela… Ahora resulta que toda la culpa de nuestras broncas es mía porque los celos me están volviendo loca. ¿Celos? Una mierda. Hechos.

Hechos. Por ejemplo, esas guardias que recuerda de repente, como hoy. Ni después de lo ocurrido ha cambiado. A Nacho le pierden las mujeres. Como soy alérgica a los cosméticos, enseguida me doy cuenta de cuándo ha estado con otra porque empiezo a estornudar, pero él no se corta. Salimos juntos y, en lugar de mirarme a mí que soy su novia, se va comiendo con los ojos a todas las tías que nos cruzamos. Y si lo hace estando yo a su lado, no quiero ni imaginar cómo mirará a sus compañeras en el hospital ni qué hará cuando las pacientes se desnuden delante de él en la consulta, porque me da algo. Si ya voy por la calle pensando: esta le gusta, esta también y esta y esta y esta…

Yo sé que querer, lo que se dice querer, solo me quiere a mí, pero

por lo visto conmigo no tiene suficiente. Y como sabe que lo que hace está mal, no lo reconoce. Nuestros amigos están convencidos de que es el tío más inocente y más legal del mundo. Con ese piquito de oro los tiene bien engañados. Hasta a mí, que veía lo que pasaba, me hizo dudar. Se lio con Elena, yo lo sabía, él lo negaba, y yo le pedía perdón. Si eso no es amor, que me aspen. Lo peor es que él mismo se cree sus propias mentiras. Está enfermo. Quien necesita charlar con ese amigo suyo psiquiatra es él y no yo, por mucho que se empeñe. Le he dicho mil veces que le perdono todo, hasta lo de la droga, pero que no me siga mintiendo. Pues nada, según él tengo una imaginación que ya quisieran muchos guionistas de telenovelas.

Me pide pruebas porque sabe que no puedo enseñarle ni fotos ni cartas ni conversaciones grabadas ni conozco a nadie que les haya pillado juntos. Le digo que son otras las pruebas que tengo y le recuerdo, por ejemplo, que descubrí en su cuarto de baño las cremas de esa zorra. Nacho se ríe y me dice que estoy de atar porque esas cremas las dejé yo una noche que pasé en su apartamento. Alucino. ¡Como si yo no supiera que esa zorra utilizaba las mismas cremas que yo para despistarme! Y cuando Nacho no se ríe es peor, porque entonces se cabrea. Es muy listo, pero yo lo soy más. Vamos a ver, si no estaban liados ¿por qué se ha ido ella a escondidas, sin despedirse de nadie? Juro que yo jamás la he amenazado, ni me he peleado con ella, ni le he dado un solo golpe, ni siquiera uno pequeñito con el pico de la plancha de viaje.

Creí que, al desaparecer Elena, se me quitarían las jaquecas, pero no ha sido así. Algunos días parece que me va a estallar la cabeza. Estoy siempre de un humor de perros, pero no es por celos, como me reprocha Nacho, sino por los somníferos que me ha estado dando durante meses. Por supuesto, en cuanto lo menciono, se lo llevan los demonios y me suelta que cada vez me sale con más fuerza la vena podrida de la familia… ¿Es que no puede dejar tranquila a mi familia? Antes saltaba enseguida al oírlo, pero ya no. Me conozco sus trucos. Quiere hacerme sentir culpable porque si yo soy culpable él no es un canalla. Pero si es inocente, ¿por qué se cabreó tanto cuando se enteró de que había llamado a un amigo suyo para preguntarle sobre la adicción a los somníferos?

Ni a un perro se le trata como él me ha tratado a mí. ¿Qué cerdadas le haría esa mujer para que mi Nacho cayera tan bajo? Con esa pinta de mosquita muerta, tan educada, tan respetable, con su melenita, su vocecita y sus trajes de chaqueta. Pero cuando bajabas la vista descubrías que iba con sandalias y no con zapatos. A esas furcias siempre las delata algo. Mucho taparse por arriba, pero los pies los llevaba desnudos, al aire, a la vista de todo el mundo. ¡Y se los pintaba! Con una tipa así hay que tener mucho cuidado.

Lo primero que me mosqueó fue lo a gusto que dormía cuando siempre he tenido problemas de insomnio. Me cuesta mucho coger el sueño, me despierto varias veces por la noche y a menudo no consigo volver a pegar ojo. Y, de un día para otro, pasé de esa agonía a dormir como un lirón. Más que dormir, caía inconsciente. Cuando me levantaba a la mañana siguiente no recordaba absolutamente nada, como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza. Se lo comenté a Nacho extrañada y me dijo que los celos agotan y que descansar me sentaría muy bien. Encima con burlas.

¿Celos?

Hechos. Mi novio, que me quiere, me atiborraba de somníferos en la cena y cuando yo, su amor, ya estaba dormida, llamaba a Elena. Ella subía y follaban en mi cama, bien pegaditos a mí. ¡Qué puta tiene que ser una para hacer algo así! Supongo que le daba más morbo allí que en su casa o en la de Nacho. Ni se molestaban en disimular las huellas. Como él lo niega todo, no he conseguido averiguar cuánto tiempo llevaban jodiendo en mi cama, a mi lado, antes de que me fijara por primera vez en las manchas que tenía la sábana. Ese tipo de lamparones que quedan después de hacer el amor. Aquello era muy extraño. Había muchas en el lado derecho, que es donde duerme Nacho, y ninguna en el izquierdo, que es donde duermo yo.

Intenté recordar las veces que lo habíamos hecho en los últimos 15 días y solo conseguí acordarme de una. Y ni siquiera había sido en casa, sino en el apartamento de Nacho. Cuando estás de somníferos hasta las cejas la cama solo sirve para dormir. Me di cuenta además de que las sábanas estaban mucho más arrugadas en su lado y que tenían un olor raro que yo no conocía. En aquella cama se representaban dos historias distintas y cada una tenía su propio escenario. En el izquierdo, *La bella durmiente*, y en el derecho, *El último tango*.

Una equivocación de la portera me abrió definitivamente los ojos. Una mañana, Juani me dejó colgando en el pomo de la puerta una bolsa de plástico. Dentro había unas bragas rojas que debían de haber caído al patio. Por el color supe que no eran mías, pero de todas maneras las saqué y las olí. Incluso limpias, soltaban el mismo tufo que tenían las sábanas en el lado de Nacho. Se las devolví a Juani, esperé a que pasaran unos días y entonces le pregunté si había encontrado a su dueña. Eran de Elena. La vecina del tercero.

La tía estaba tan segura de que jamás les sorprendería que, un día que me pilló con la cabeza asomada al patio, tuvo la desfachatez de saludarme. Menudo pedazo de zorra. Atando cabos, descubrí que le hacía señas a Nacho con la ropa interior que ponía a secar en las cuerdas. Si, por ejemplo, había bragas y sujetadores negros significaba que esa noche estaría sola. Si eran color café, que le esperaba al mediodía, después de comer. Si eran azules, que durante todo el día

estaría en casa disponible. Si eran rojos, que quería follar. Si eran blancos, que no podía verle. Si eran estampados, que esa noche tocaba en casa de Nacho. Y los tenía también grises, verdes, violetas… Menudo espectáculo montaba al tender. En las cuerdas, más que la colada, parecía que colgaban los banderines de las fiestas. Te imaginabas en el patio unos puestos de churros, unas jarras de limonada y un organillo y era como estar en la verbena. ¿Cuántas bragas ensuciaba al día esa cerda?

No era lencería de mercadillo. Lo sé porque me compré unos prismáticos. Era ropa cara, muy cara: raso, hilo, blonda, encajes, seda… Y Elena, me enteré por la portera, era secretaria como yo. ¿De dónde sacaba el dinero? De los tíos gilipollas, como mi novio, que se encobaban con ella.

Mi Nacho decía que hacía mucho calor, se iba a la ventana y se quedaba embobado mirando fuera. Ni me oía cuando le llamaba. Una vez, mientras estaba asomado, se le escapó que de todas las braguitas y sujetadores de la vecina los que más le gustaban eran los rojos de encaje. Yo ya sabía que eran amantes, pero aquel comentario me dolió igual. Me engañaba, creía que era una imbécil y encima me restregaba que, por culpa de la alergia, yo solo puedo llevar ropa interior de algodón blanca. La misma que utilizaba ella para avisarle de que tocaba abstinencia.

Aquel comentario, sin embargo, me sirvió para descubrir algo más sobre cómo se comunicaban. Ese mismo día, al salir de casa, me crucé en la escalera con ella. Como no podía soportar mirarla a la cara, fijé la vista en el suelo y entonces lo vi. Llevaba las uñas pintadas de rojo. El color que había mencionado Nacho. Era evidente que para evitar confusiones, por si él se despistaba o no había entendido bien el mensaje que le había dejado en las cuerdas del patio, Elena se pintaba los pies del mismo tono que las bragas y sujetadores que transmitían el mensaje. Rojo: quiero follar. Aquellas uñas asquerosas se me clavaron dentro como diez sanguijuelas.

Nadie se imagina lo que es sufrir así y tener además a todo el mundo en contra. Ni en la oficina conseguía olvidarme por un rato del infierno. Me sobresaltaba cada vez que escuchaba el sonido de la puerta del ascensor: puerta, sobresalto, puerta, sobresalto…

¿Cómo iba a contar que mi novio me drogaba? ¿Y a quién? Nadie me hubiera creído. A Nacho, siendo ats, le resultaba fácil sacar los somníferos del hospital, pero tenía cuidado de no dejar ningún rastro para evitar que le cayera un puro. Por más que registré su apartamento y la ropa nunca encontré nada. En busca de alguna prueba, llamé al 900 100 337, un servicio de información telefónica urgente para gente con problemas de adicción. Quería saber si con algún tipo de análisis era posible detectar que me estaban inflando a

narcóticos. Me atendió una mujer y, en cuanto le conté mi historia, me despachó en dos minutos. Yo necesitaba otro tipo de ayuda, me dijo. Lo debía haber supuesto antes de llamar. Seguro que conocía a Nacho. Y si no lo conocía, daba igual. Entre médicos y ats siempre se protegen.

Pensé en cómo sorprenderles. Lo que me daba Nacho era tan fuerte que incluso las noches que pasaba sola sentía un sueño horrible. Con fuerza de voluntad y mucho café, conseguí llevar adelante mi plan. Cuando Nacho decía que tenía guardia, me pasaba la noche en blanco llamando a su casa para ver si ella cogía el teléfono. Llamaba también a Elena para ver si cogía el teléfono él. Había encontrado su número en el apartamento de Nacho. Por casualidad, levanté la pestaña de plástico transparente que protege el número del teléfono fijo, di la vuelta a la tira de cartulina blanca y allí estaba. Después de varias semanas sin que nadie contestara, convencí a una amiga para que le diera a mi novio un falso recado de Elena, pero tampoco sirvió para nada.

Si no lograba pescarles juntos, tendría que conseguir que Nacho confesara. Era muy complicado porque cuando estaba despierto mentía y, por la noche, cuando se dormía, yo llevaba horas narcotizada. El único momento de que disponía era el de la siesta. Como le encantan las legumbres, me dediqué los fines de semana a preparar cocidos, fabadas, judiones, lentejas… Después de comer, se recostaba en el sillón con el periódico y una copita. Yo recogía sin perderle de vista, mientras iba y venía del comedor a la cocina. Cuando por fin empezaba a adormilarse, me acercaba suavemente, me arrodillaba a su lado y le preguntaba bajito quién era yo. O si ya estaba dormido, le susurraba al oído: «Soy Elena, ¿me quieres?». Ni siquiera así cayó en mis trampas.

A punto ha estado de volverme loca. Mucho decirme que me quería y que los celos me hacían ver visiones, pero bien que follaba con Elena. Seguro que, antes de lo de la plancha, el abuelo le iba a la abuela con los mismos cuentos. Me hubiera gustado abrirme el pecho para meter las manos, arrancarme el corazón y entregárselo al embustero de Nacho para que viese cómo le amaba. ¿Pero qué sabrá él lo que significa querer?

Como no conseguía cazarles y nadie parecía creerme, decidí cerrar los ojos a las evidencias y combatir esos celos que, según Nacho, iban a acabar con nosotros. Vale, si él no dormía en casa, seguro que era porque tenía guardia. Si pasaba la noche conmigo, al día siguiente hacía la cama sin mirar su lado e intentaba no respirar al sacudir la sábana. Por mucho calor que hiciese, no me asomaba a la ventana del patio.

Cuando no podía más me iba a El Corte Inglés. Me quedaba en la

planta baja y allí, de pie, rodeada de gente que corría frenética en el ordenado laberinto, me iba calmando: a la derecha, la sección de muebles; un poco más adelante, la floristería, el kiosco y la caja para el aparcamiento; a la izquierda, las toallas y las sábanas; detrás, los cosméticos, las medias y los bolsos. La luz arriba, el suelo abajo, el aire alrededor. Cuando ya no sentía la presión en la cabeza ni el cosquilleo eléctrico en las plantas de los pies me iba. Siempre funcionaba. Volvía a casa más tranquila y, si tenía dinero, con una plancha nueva para mi colección.

Tengo 39. De viaje, de vapor en la punta, de vapor en los lados, de carbón, con el fondo antiadherente, del tipo que utilizan en las tintorerías… Están colocadas en la despensa. Limpias. Relucientes. Como en una joyería. Les saco brillo una vez al mes. Cuando termino, me pongo en el centro de la habitación y, mientras observo cómo esos 39 triángulos plateados devuelven resplandecientes mi imagen, me pregunto: ¿Es esa la cara de una pirada? Contemplo con atención mi reflejo, plancha por plancha, y nunca encuentro el menor indicio de locura. Me gustaría contárselo a Nacho, pero para qué. Me saltaría otra vez con lo de su amigo psiquiatra.

Estoy muy orgullosa de mi colección. Si las planchas fuesen cámaras de vídeo, más de uno se quedaría espantado de ver lo que he sufrido. Cuando estaba tan angustiada que ni El Corte Inglés me tranquilizaba, cogía la plancha de carbón y me colocaba delante del espejo de pie del dormitorio. Cerraba los ojos, me imaginaba la cara de esa zorra y gritaba: «¡Toma, puta!«. Al abrir los párpados, admiraba mi fiera imagen vengadora.

El día que Nacho me pilló con el brazo levantado y el arma en lo alto empezó a darme la vara con el psiquiatra. Vale, se asustó, pero ya le expliqué que estaba imitando a la abuela, que era puro teatro. Y en cuanto a mi colección de planchas, no sé qué tiene de particular porque en mi casa todos coleccionan algo: mi padre, gorras; mi hermana Julia, patos; mi hermano, mecheros… Hasta invité a Elena a casa para enseñarle mi colección. La senté en el salón y fui sacando las planchas de una en una. Le explicaba sus características y las iba colocando, primero sobre la mesa de mármol y, cuando ya no quedó más espacio, encima de las sillas y finalmente en el suelo. Cuando terminé, como gesto de buena voluntad, le ofrecí que eligiera una, que se la regalaba. No quiso ninguna y se fue enseguida.

Cuando se lo conté a Nacho empezó a gritar que mi abuela no me había dejado una herencia sino una maldición y que todos los Jiménez éramos una panda de anormales. ¿Y él, qué? Un pervertido, con esa obsesión que tiene por chuparme los pies cuando estamos en la cama.

Yo no seré normal, pero la única anormalidad que padezco es quererle como le quiero y saber que me la ha pegado con la zorra del

tercero y no poder dejar de quererle y no haber sido capaz siquiera de estamparle a ella la plancha en la cabeza. No tengo el valor de mi abuela para aceptar una parálisis como posible consecuencia.

Al final, me harté. Los hechos son los hechos, y mis supuestos celos no eran más que un cuento chino de Nacho. Con un gancho empecé a pillar los sujetadores y las bragas de Elena. Los metía en casa, los ponía en la tabla de la plancha y los quemaba. Cada vez utilizaba una plancha distinta para dejar una marca diferente: triángulos negros grandes y pequeños, anchos y estrechos. Luego soltaba la prenda al patio. Ella me echó a mí la culpa, pero no pudo probarlo. Yo continué, con más precauciones, eso sí.

Dejé a un lado los sujetadores y las bragas y amplié el planchado a los pantalones, los vestidos y las faldas. Los quemaba por donde más daño me hacía la puta. Toda la ropa agujereada a la altura de ese coño que había hipnotizado a mi Nacho. Elena dejó de tender en el patio y un día se esfumó. Yo, desde luego, no la eché, pero me alegré de que se fuera. Muerto el perro, se acabó la rabia. Mi Nacho, en cuanto se vació el tercero y desaparecieron los banderines del patio, volvió a ser el de siempre. Se sigue asomando a la ventana, pero es para disimular. Le he pillado mirándome por el rabillo del ojo para ver si le estoy observando. Y aunque se cabrea, de vez en cuando le digo que ni esa zorra ni nadie le querrá jamás como yo.

Las doce y media de la noche y todavía no ha llamado. Ya empezamos…

(629 81 56 26)

—Su llamada está siendo enviada al buzón de voz del teléfono marcado…, 629 81 56 26 no está disponible. Grabe su mensaje después de la señal….

Biiiip

Esa voz me suena…

(629 81 56 26)

—Su llamada está siendo enviada al buzón de voz del teléfono marcado…, 629 81 56 26 no está disponible. Grabe su mensaje después de la señal….

Biiiip

¿Esa voz?…

(629 81 56 26)

—Su llamada está siendo enviada al buzón de voz del teléfono marcado…, 629 81 56 26 no está disponible. Grabe su mensaje después de la señal….

Biiiip

Pero ¿cómo es posible? ¡Es esa zorra!

LA HUELLA DE EVA

Coloqué en la minicadena un compacto de Keith Jarrett, *The Survivor's Suite*, y cuando la música empezó a sonar, me di la vuelta y observé la situación. La mujer, de unos 40 años, estaba tumbada con los ojos abiertos. Llevaba puesto un albornoz blanco, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas, morenas y llenas de pecas, cerradas. Parecía una escultura. El único elemento discordante eran los pies, que se levantaban tensos como una pantalla defensiva. Los dedos formaban una suave pendiente, siendo el primero el más grande y el quinto, el más chico. Un pie egipcio clásico, con las uñas pintadas de blanco. Permanecí mirándola durante apenas un minuto, tiempo suficiente para valorar el reto y el trabajo.

Me dispuse a empezar, cogí el vibrador rojo, rodeé con la mano su tobillo derecho y lo levanté con suavidad para acoplar el aparato a la planta del pie. Las sacudidas, ligeras pero continuas, hacían temblar el tobillo e iban perdiendo intensidad a medida que ascendían por la pantorrilla y la rodilla. A partir de allí se perdían bajo el algodón blanco del albornoz. Abandoné el pie con una caricia y con otra levanté el izquierdo para aplicarle el mismo tratamiento. Cuando acabé, ella ya tenía cerrados los ojos.

Hacía solo quince minutos que me había saludado con gesto receloso. La mayoría de mis dientas al verme toman conciencia de que van a ponerse en manos de un desconocido para obtener placer. Y ese fogonazo súbito les da pudor y miedo al mismo tiempo. El hecho de no quitarse el albornoz las tranquiliza algo. Para conseguir que la confianza sea total, una vez que están tumbadas, se lo estiro hasta abajo de las rodillas y luego se lo cierro con firmeza. Con ese gesto echo abajo las últimas resistencias y ellas se entregan a mí a ciegas. Desplegué una manta que tenía a mano y la coloqué sobre el cuerpo tendido. Ella se relajó aún más.

Abrí el tarro de crema y, con los dedos índice y corazón, saqué una buena cantidad. Al aplicársela en los pies, sentí el primer escalofrío de la mujer. Sin precipitarme, la extendí con golpecitos rítmicos y luego presioné y froté hasta que las palmas de las manos me empezaron a arder. Su boca estaba ahora entreabierta y las aletas de la nariz se abrían y cerraban pausadamente. Le estiré con suavidad los dedos y,

sin apenas abrirlos, me introduje en los huecos. Con un movimiento continuo recorrí la base almohadillada, me deslicé por la depresión del arco interno y volví a subir al talón, ascendí al tobillo, lo rodeé, retrocedí hacia la bóveda del empeine y de nuevo descendí por el invisible arco externo. Ahora que ya tenía la huella memorizada, podía recorrer su cuerpo.

Con la cabeza vencida a un lado, ella dormía. Sin separar las manos de sus pies, le rocé la garganta, las orejas, la nariz, contorneé despacito su pecho, le apreté el estómago, estimulé los músculos de sus piernas y de sus brazos, valoré el estado de los pulmones, del hígado, del intestino, de los riñones, de la vesícula y del páncreas, y palpé las hemorroides que le molestaban desde el nacimiento de su último hijo. Presioné con firmeza los laterales del talón y, localizada la zona, la acaricié con pequeños e intensos movimientos circulares. Al sentir un cosquilleo de excitación en el sexo, ella se arqueó ligeramente y sentí cómo aumentaba la temperatura de su cuerpo. Después de unos instantes, coloqué la mano izquierda en la punta del talón y, trazando una línea vertical, situé la mano derecha en el extremo opuesto, en la base de los dedos: la mujer notó un soplo a lo largo de la columna vertebral y, al final, un estallido frío en la nuca que la estremeció.

Movió inquieta la cabeza de un lado a otro y frunció el ceño, aunque no abrió los ojos. Ni un solo minuto yo había perdido de vista su rostro. Con ninguna de mis dientas lo hago; según sus expresiones, desplazo las manos y disminuyo o aumento la intensidad de las caricias para alternar la excitación con la relajación, el placer con la calma. Ese equilibrio es esencial. Recorrí con suavidad sus pies hasta que de nuevo se abandonó y la respiración volvió a ser tranquila y profunda.

Antes de terminar, retorné a los dedos, me detuve en el tercero y el quinto, y los friccioné durante unos minutos para tranquilizar su corazón. Sujeté la manta, que empezaba a caer, arropé bien a la mujer y salí de la cabina. Al cerrar la puerta, le eché un último vistazo: tumbada en la camilla, roncaba con placidez. Había pasado una hora con ella.

Me senté en el banco que hay en la antesala de la cabina, mientras esperaba a que saliera. Después de cada masaje, me quedo allí, con la espalda contra el muro ocre y las manos aceitosas colgando a los lados. Necesito estar solo y tranquilo para desprenderme de las huellas de las dientas. Cuando ellas aparecen somnolientas en la puerta voy al cuarto de baño y me enjabono hasta quitarme los restos de crema.

Desde que estoy en el balneario han pasado más mujeres por mis manos de lo que jamás hubiera soñado. Tantas que, últimamente, cuando miro la foto que le saqué a Elena en la Casa de Campo, se me

confunden olores, curvas, tamaños… Es un retrato pedestre, de tobillos para abajo. Elena llevaba aquel día unas sandalias rojas con una tira estrecha en los dedos y una ancha en el empeine. Mis favoritas. Sus pies delgaditos están juntos, como si estuvieran posando. Me recuerdan la forma en que los niños ponen las manos sobre el pupitre del colegio cuando les ordenan estar quietos: de frente, con los dedos extendidos y las palmas pegadas a la mesa.

A Jesús, cuando llama, le digo que me encuentro bien, y no es mentira, aunque tampoco es verdad. Es como si hubiera dejado una puerta mal cerrada que el viento batiera en ocasiones. Miro la foto de Elena y contemplo sus pies griegos. Veo que sus dedos, largos y flacos, se ensanchan al final como diez aceitunas pinchadas en diez palillos. Veo que encajan entre sí como piezas de un rompecabezas. Veo que las uñas sin pintar parecen abanicos de juguete y que la del pequeñín apenas asoma. Veo cómo el dedo segundo está más cerca de mí que el primero. Y todo lo que veo lo recuerdo. Pero sé que la piel entre sus dedos sabe y huele dulce, y eso no lo recuerdo. Tampoco recuerdo el contraste entre la planta suave y la frontera áspera del talón. Y, aunque siempre bromeaba con ella diciéndole que solo me lanzaría a hacer *puenting* desde lo más alto de su pie, no consigo recordar cómo era el arco interno. Me da rabia porque Elena me despertó de un mal sueño y, sin saberlo, dio sentido a mi deseo. Pero, sobre todo, el olvido me asusta porque, durante un tiempo, esos pies fueron mi amuleto para mantener a Carmen apartada de mí.

Aún me estremezco cuando me asalta la imagen de Carmen con la plancha amenazando al espejo. Había ido a su casa y, como tenía llaves, entré sin llamar. De repente la oí gritar. Las voces parecían salir del dormitorio. Fui corriendo y la encontré de espaldas, con las piernas separadas, el brazo alzado y una plancha en la mano, en posición de arrearle a la luna del espejo. Repetía «¡Toma, puta!», una y otra vez, con un odio inmenso, pero en la habitación no había nadie. Estaba sola. Debí de hacer ruido porque se volvió y, sin soltar el arma, se acercó. Estaba desencajada, tenía los ojos muy abiertos y la mirada hacia dentro. El estómago me dio un vuelco. Me acordé del caso clínico de una mujer con 16 personalidades, algunas de las cuales no eran muy agradables. Carmen pasó a mi lado como si no me reconociera y siguió de largo. Cuando regresó, ya sin la plancha, yo seguía paralizado.

Sin darle importancia, me comentó que estaba ensayando. Para quitarle hierro al asunto, sacó de nuevo el tema de su abuela. Aquella señora había tratado de dejar tiesa de un planchazo a la amante de su marido. No acertó, pero su intentona dejó huella. Dos generaciones después, el gesto se había transformado en gesta y su fascinada nieta se había convertido en la única coleccionista de planchas conocida

hasta la fecha. Yo mismo llegué a utilizar esa historia para callarle la boca cuando empezaba a despotricar contra mi debilidad por los pies, que ella odia. En mi caso, como en el suyo, le decía, era una cuestión de herencia familiar. Yo también tenía abuela y curiosamente la mía tenía abierta una guerra cruenta contra callos, juanetes, ojos de gallo y cualquier deformidad que apareciera en los pies. En todos, propios o ajenos, ya que su campaña era filantrópica, universal y gratuita.

Cada vez que venía a vernos, preparaba un barreño de agua caliente con sal, llamaba a su hijo, que es mi padre, y sacaba del bolso el cepicallos. El utensilio parecía una maquinilla de afeitar, pero contaba con un cabezal como para rasurar rinocerontes. Así se iniciaba la operación «Vamos a rebanar las durezas», como ella exclamaba en cuanto entraba en casa. A mi padre le seguían mi madre, mi abuelo e incluso alguna vecina. Yo la miraba trabajar fascinado, aunque nunca conseguí que me atendiera porque en aquella época no tenía durezas.

Pasé de la afición por los pies que tenía mi abuela al horror que le inspiraban a Carmen. Aquella escena del dormitorio quebró la apariencia de normalidad y, por aquella rendija, se coló el miedo. Un miedo atroz a ella y a sus planchas. Fue la primera y clarísima señal de peligro. Y es que todas las anécdotas son muy graciosas hasta que le suceden a uno. No eran imaginaciones mías. Mi amigo Jesús, que es psiquiatra, me lo advirtió en la cafetería del hospital: «O tu chica se pone en tratamiento o va a acabar muy mal. Tómatelo en serio, Nacho, porque estáis en una situación de riesgo alto tanto ella como tú».

La alarma saltaba cada vez más a menudo. Carmen sacaba brillo a las planchas cada semana. Silbaba mientras trabajaba y aquel silbido me helaba la sangre. Todo empeoró cuando Elena se mudó al tercero, justo encima de ella. Yo entonces no la conocía, pero a Carmen se le metió entre ceja y ceja que me había echado el ojo e iba enseñando los pies porque sabía que me vuelven loco. Siempre había sido muy celosa, pero con Elena se desquició. Empezó a desbarrar con que yo la drogaba para poder follar con la nueva vecina; cada vez que me descuidaba, me registraba el apartamento; me llamaba a todas horas… Y yo no sabía de la historia más que la mitad. Más tarde, Elena me completó la lista de los horrores que había tenido que padecer hasta que, aterrorizada, se marchó del edificio.

No había forma de calmar los celos de Carmen. Cada día me venía con historias. A veces conseguía convencerla de que aquello que me contaba no tenía ni pies ni cabeza, pero la calma duraba poco. Parecía que no quedaba ninguna sospecha y al poco tiempo me sorprendía con otra remesa. Me recordaba a una mujer mayor que vive en el edificio de mis padres y que se dedica a recoger gatos en su piso. Cada vez que

vienen del Ayuntamiento para llevarse los animales a la perrera, ella se las apaña para esconder dos: una hembra y un macho. Y todo vuelve a empezar.

Las cosas iban de mal en peor. Un día, peleando, la empujé, ella resbaló y, al caer, se rompió la pierna derecha. La enyesaron y le recomendaron que, durante 40 días, no se moviera mucho. Los dedos que le salían de la escayola terminaron de trastornarla. Todas sus obsesiones se dispararon. Ni el calcetín de lana que llevaba en la pierna rota para ocultar sus dedos le tranquilizaba. A pesar del calor, se pasaba el día tapándoselos con cojines, servilletas, mantas… Con lo que fuera. Si me pillaba con la vista baja, me gritaba que era un pervertido y que le había roto la pierna para conseguir que mostrara los pies. Yo aguantaba porque me sentía culpable de su caída, pero cuando soltó que mi abuela debía haberme pasado el cepicallos por la entrepierna me piré. Ya no podía más.

Y entonces, por puro azar, me encontré con Elena y me la tiré, sí, como decía Carmen, pero mucho después de que lo hubiera dicho ella. Ojalá lo hubiese hecho antes.

Ocurrió en el cine de verano de la Casa de Campo. Los visitantes de *Parque Jurásico* acababan de meterse en los coches para iniciar el recorrido cuando una mujer apareció a mi derecha y me preguntó cuchicheando si estaba libre la silla de al lado. Gruñí que sí y me levanté para dejarla pasar. Al volver a sentarme, me fijé en sus pies. Resplandecían en la penumbra como dos farolillos de papel con una tira roja estrecha a la altura de los dedos y otra ancha en el empeine.

Alcé la vista y reconocí a Elena. Tan pronto vio mi rostro, se levantó para irse. Miraba inquieta a los lados, como si temiera encontrarse a Carmen. En aquel momento, los niños se dieron cuenta de que la cabra, que servía de cebo para atraer al Tiranosaurio rex, acababa de desaparecer y empezaron a observar a su alrededor, tratando de hacer visible la invisible oscuridad. Cogí a Elena del brazo y le pedí que no se asustara, que solo quería hablar con ella. En realidad lo que deseaba era acariciarle los pies, pero eso no se lo dije entonces, sino mucho más adelante. Cuando salíamos, los niños comenzaron a gritar y supe que acababa de aparecer el rex. Los dos aceleramos el paso.

Elena me acogió con la generosidad que muestran entre sí las víctimas supervivientes de un cataclismo. El terror que nos unía alimentó nuestra pasión. Me lancé a sus pies con la voracidad de un apetito largo tiempo reprimido. Elena paseaba descalza por la casa cuando estaba conmigo, me dejaba que se los pintara, que los colocara en mi regazo para acariciarlos cada vez que nos sentábamos en un restaurante, en una terraza, en un cine o donde fuera, que jugara con ellos cuando hacíamos el amor. Metía los dedos en mi boca y yo sentía

que lo que tenía dentro era su corazón. Aferrado a los hermosos pies de Elena empecé a salir del agujero.

El mundo que había sepultado Carmen con sus celos se despertó de nuevo, y recordé lo que nunca había olvidado: la felicidad del resplandor. En verano, mi madre nos pagaba a mis dos hermanos y a mí por acariciarle las piernas. Las dividía en secciones y las repartía según nuestro tamaño. A mi hermano mayor le tocaba siempre de la cadera a la rodilla; al mediano, de la rodilla a los tobillos; y a mí, que era el pequeño, me correspondían los pies. Después de comer, mientras mi padre dormía la siesta, mi madre se tumbaba en el jardín en bañador y empezábamos a trabajar. Me gustaba tanto jugar con esos diez soldaditos que lo hubiera hecho sin paga, pero una vez que se lo sugerí a mis hermanos, me llamaron enano de mierda y me amenazaron con darme una paliza. Así que lo hacía y cobraba.

Ninguno de nosotros decía una palabra. Solo se oían las chicharras y el roce de nuestras manos sobre la piel de mi madre; olía a sol y a la crema del bote azul que utilizábamos; el aire caliente pesaba, el sudor me caía por la cara y siempre terminaba colándose en los ojos. Por mucho que me escocieran, aguantaba hasta que no podía más. Entonces, miraba hacia arriba y veía el resplandor. Duraba solo un instante. Cegado por la luz, cerraba los párpados y todo se quedaba negro. En la oscuridad flotaban chiribitas que permanecían allí, molestando como moscas diminutas, cuando volvía a abrirlos. No importaba, había visto el resplandor y me sentía feliz.

La primera vez que se lo conté a Carmen arrugó el gesto. Dijo tajante que mi madre no le inspiraba ninguna confianza y que se alegraba de que estuviese muerta porque así se evitaba conocerla. No volví a sacar el tema. Elena, en cambio, se rio. Coloqué sus pies en mis tetillas y mientras los movía suavecito, como si estuviera sintonizando una radio, dejé salir todo lo que se me venía a la cabeza. Le confesé cómo al acariciarle los pies a mi primera novia tuve una erección. Me asusté pensando que lo iba a notar, sabía que tenía que parar, pero no conseguía separar las manos. Le hablé de la depresión que tuve cuando aquella novia me dejó y de cómo un amigo me llevó a una casa de putas para animarme. Del corte que tenía no se me puso tiesa hasta que una mujerona se sentó conmigo y, bajo la mesa, me colocó un pie en la bragueta. El efecto fue instantáneo.

Encontré en un baratillo un manual sexual chino con ilustraciones sobre cómo acariciar los pies durante el coito. Lo compré y se lo regalé a Elena. Recomendaba hasta 18 posiciones distintas y aconsejaba distintos modos de jugar con ellos para alcanzar progresivos grados de placer: besándolos, chupándolos, mordisqueándolos o comiendo pipas de melón insertadas entre los dedos. Nosotros adaptamos la sabiduría oriental a nuestros estómagos

occidentales y ampliamos la oferta gastronómica. A veces, sin saberlo, me comía un éxtasis que Elena se había colocado como una sorpresa entre los dedos.

Cuando hacíamos el amor tenía la misma sensación de excitación que el capitán de un barco en mares desconocidos. Me gustaba penetrarla, sujetándole los pies, mientras miraba las luces desde la ventana de su dormitorio. Elena vivía en el piso 16 de una torre de ladrillo. Al moverme, sentía que su cuerpo se hacía largo, cada vez más largo. Con cada arremetida soltaba un grito, como si fuera un crucero y cada sacudida, la paletada de carbón que hace ulular la sirena. Era un sonido grave y continuo. Lleno de calma.

Fui feliz hasta que una noche soñé con Carmen. Estaba muerta. Elena y yo envolvimos el cadáver con vendas, apretando muy fuerte las tiras. Tan pronto acabamos, la momia comenzó a moverse. Asustados, rompimos la tela que cubría la cabeza y de los jirones surgió la voz de Carmen, llamándome pervertido y gritando que nunca me dejaría.

No se lo conté a Elena. ¿Para qué inquietarla? El fantasma de Carmen respiraba muy débilmente, pero aún respiraba. Nunca hablábamos de ella, pero tanto en su casa como en la mía había desaparecido la plancha. Me volqué aún más en los pies de Elena, mi amuleto. Una semana después, soñé que estábamos bailando. Se había subido a mis zapatos y yo daba vueltas, cada vez más deprisa, mientras ella se reía tratando de mantener el equilibrio. De repente, sentí que me ardían los pies. Bajé la vista: una de sus piernas era larga y elegante, pero la otra era corta y deforme y, para atenuar la cojera, se alzaba sobre una plancha acoplada a la suela del zapato. Desesperado por el dolor, levanté la cabeza y vi a Carmen que era Elena que era Carmen que era Elena. Me desperté gritando. Comprendí que eran inseparables.

El rex había vuelto.

Esta vez se lo conté a Elena. También ella se asustó y, de común acuerdo, decidimos dejar de vernos. Le dije adiós, pero metí la foto de sus pies en la cartera. No estaba dispuesto a sofocar el deseo que ella había despertado. Volví al cine al aire libre de la Casa de Campo y exploré asimismo el del Paseo de la Florida y el de la terraza del cine Doré. Mi observatorio favorito, por razones sentimentales, seguía siendo el de la Casa de Campo. Llegaba temprano para coger un buen sitio, centrado y cerca del pasillo, y cuando empezaba la sesión separaba los ojos de la película que proyectaban en la pantalla grande y me concentraba en las pequeñas señales que solo yo percibía en el suelo en penumbra. Conocí a mujeres con pies griegos, egipcios, cuadrados y algunos de formas inclasificables; con dedos como uvas o como viñas retorcidas; con uñas pintadas o sin pintar; con plantas

delgadas y regordetas; con talones suaves o ásperos como la lija; con tobillos delgados o hinchados por el calor; con la piel seca o sudorosa; con huellas del 36, del 37 y del 38, la gran mayoría.

No quería reemplazar a Elena. No sabía qué buscaba, pero sabía que solo encontraría la respuesta a mi extravío en las huellas de los pies de una mujer. Iba tras ellos como si fuesen las tenues bombillas que muestran el camino en los pasillos de los cines y de los teatros. Mi inquietud, lejos de calmarse, crecía. Amplié el observatorio y comencé a moverme en un terreno que hasta entonces me había prohibido: el hospital donde trabajo de ats.

Seguía con la vista los zuecos blancos de mis compañeras esperando sorprender el momento en que, sentadas, los hicieran bailotear en la punta de los dedos como osos amaestrados sobre las brasas. Un par de miradas irritadas me sirvieron de advertencia y no tardé en volcar mi atención en los pies desnudos de las pacientes sobre las camas. Los acariciaba con delicadeza mientras los metía bajo la sábana o mientras ayudaba a la enferma a acostarse. Un mero gesto de cariño para ellas que, sin embargo, para mí estaba lleno de placeres. Con solo tocarlos, podía imaginar su forma de apoyar el cuerpo al andar, de hollar, de follar, de apropiarse del espacio. Un día perdí el control y le besé el pie a una mujer operada de apendicitis. Se indignó muchísimo. A duras penas conseguí calmarla, pero aquello me asustó. ¿Cuántos pies habría besado ya en el hospital sin darme cuenta?

Fui a hablar con Jesús, mi amigo psiquiatra. «Mira, Nacho, esto no va a ir a menos. Ha llegado el momento de que te lo tomes en serio. Más te vale acudir a terapia si no quieres estar viendo pies todo el día y acabar como aquella novia tuya paranoica que, por cierto, nunca vino a verme». A mí se me había ido la olla, pero él estaba sacando las cosas de quicio. ¿Cómo podía comparar mi debilidad con la locura agresiva de Carmen? ¿Se habrían quejado las pacientes sin que yo lo supiera? ¿Me estarían vigilando mis compañeras? Acepté ir a la consulta de Múgica, un psiquiatra que Jesús aprecia, pero le expliqué que antes de iniciar un tratamiento necesitaba tranquilizarme. Jesús, que es un buen tío, me firmó un justificante de baja por estrés.

Esa misma noche dejó un mensaje en mi contestador. Conocía el sitio ideal para que descansara: el balneario que dirigía un antiguo amigo suyo del colegio. El hotel era un poco decadente, pero tenía mucho encanto, un lago termal con aguas calientes y barbos, instalaciones para relajarme, bosques para pasear y tanta calma que, si prolongaba demasiado la estancia, el aburrimiento podría acabar conmigo.

Así fue cómo llegué al balneario. Lo que aún no sabe Jesús es que, aprovechando su relación con el dueño, la primera semana me ofrecí como fisioterapeuta especialista en dolencias de pies. Su amigo aceptó

de inmediato cuando le comuniqué mis exiguos honorarios. Gracias a él, me he convertido en maestro de ceremonias y espectador único de esos pequeños estriptis diarios.

Por aquí vienen tantas mujeres que, antes o después hallaré lo que busco. Aún no he olvidado la felicidad cegadora que sentía de pequeño al ver el resplandor. Eso es lo que quiero. Sé que algunas mujeres, como mi madre, van pisando sobre ella sin saberlo. Localizarla es cuestión de tiempo. Y cuando ocurra habré encontrado, al mismo tiempo, la huella de Eva y el Paraíso.

TOCADO Y HUNDIDO

—Rafa, ¿has visto el libro que te regalé?

—¿Qué libro?

—*Amores patológicos*, el que te compré por tu cumpleaños.

—Lo dejé encima de tu mesilla hace semanas, cuando lo terminé.

—Pues ha desaparecido. ¿No estará aquí, en el despacho?

—¿En mi despacho? Aquí solo hay libros de consulta. Los de literatura están en el salón.

—Allí no está. De verdad que no lo entiendo, he buscado en todas partes y no lo encuentro.

—Ya aparecerá y si no aparece tampoco pasa nada. No te iba a gustar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

—Me da igual, tengo curiosidad. He hablado con Clara esta mañana para quedar y me lo ha recomendado.

—¿Le ha gustado? ¿Sí? ¡Vaya con Clara! De todos modos, ella dirá lo que quiera, pero yo, que soy tu marido, estoy seguro de que a ti no te haría gracia. ¿Por qué no enciendes la tele? Echan una película iraní muy buena, *A través de los olivos*. ¡Elvira, deja de revolver en mi despacho! ¿Cuántas veces quieres que te repita que yo no lo tengo?

—No te preocupes, ya me voy. ¡Qué egoísta eres! Cómo se nota cuando no te interesa algo. Otro gallo cantaría si fueses tú quien quisiera leerlo. ¡Bah! Ahora mismo llamo a Clara y le pido que me lo preste.

Más vale que saque el libro de aquí antes de que Elvira lo descubra y monte una escena cuando vea cómo está de manoseado y manchado. Pero ¿dónde lo meto? Llevarlo a la consulta sería una insensatez. Lo mejor que puedo hacer es tirarlo. ¡La basura a la basura! Así, bien enterrado en el cubo de la cocina y, para taparlo, coloco encima el cartón de los huevos, esta lata… Mierda, ¡ya me he ensuciado! Bueno, da igual. A ver, ahora unas servilletas de papel y, lo último, el periódico, que abulta mucho. Perfecto.

—Rafa, ¿qué haces en la cocina? Mati acaba de fregarla.

—Estoy bebiendo agua. ¿Quieres que te lleve algo?

—No. Seguro que el suelo todavía está mojado… ¿Has visto el

periódico?

—Pero ¿se puede saber qué te pasa hoy, Elvira? Primero, el libro, y ahora, el periódico. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta y te calmas un poco?

¿Dónde diablos escondo ahora el periódico? Como se le ocurra tirar algo al cubo ya la tenemos liada. En el fondo, la culpa de todo esto la tiene ella, con esa manía de comprar a lo loco. Si los libros llevaran etiquetas como la ropa, con su título, la composición e instrucciones sobre cómo cuidarlos, nunca habríamos llegado a esta situación. Y no se trata, a estas alturas del matrimonio, de pedirle peras al olmo y suponer que, antes de comprarme un libro, Elvirita echará un vistazo al índice o a la contraportada para saber de qué va. Pero es que, en este caso, bastaba con leer la línea que hay justo debajo del título para darse cuenta de que no era un tratado psiquiátrico. ¿Qué ensayo va a subtitularse *Textos y textículos*? ¿Qué manual clínico tiene capítulos con títulos como «La cloaca sentimental», «Amor encapsulado» o «Al deseo, ¿quién diablos lo ha llamado?». Ella se quedó con la copla de la patología y no miró más. Pues era ficción, fantasía, Elvira, fan-ta-sí-a.

Hacía años que no abría una novela. Estoy tan acostumbrado a la prosa científica que la literatura se me cae de las manos, pero con *Amores patológicos* hice una excepción. Desde que Elvira empezó con la menopausia, está muy irritable a pesar del tratamiento, y no quise desairarla. Me llevé una sorpresa. Hasta pensé en localizar a la autora. El que entra en el juego de un loco también está un poco loco y en esas páginas hay suficientes personajes excéntricos para justificar mi curiosidad. Me intrigaba saber qué hacía, quién era. Luego, a medida que fui prestando más atención a los relatos, perdí interés por ella. Conocerla fue una de esas ideas que, como vienen, se van.

—Rafa…

—Dime.

—¿Seguro que no lo has visto?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡El libro!

—Mujer, no te pongas pesada, ya te he dicho que no.

—Es que no entiendo cómo puede haber desaparecido. ¡Y sal ya de la cocina!

Ya somos dos los que no entendemos qué está ocurriendo. Me he pasado la vida despotricando contra esos colegas que se creen Woody Alien y convierten en literatura lo que son meros trastornos neuroquímicos, y todo ¿para qué? Para convertirme a mi edad en el pelele de la imaginación de una chiflada. Este libro está consiguiendo lo que no ha logrado la realidad en años de profesión.

—Oye…

—¿Sí?

—¿Por qué dices que no me haría gracia? A ti te gustó.

—Tampoco me apasionó. Déjalo ya, Elvira, no le des más vueltas. Es solo una novelita de tres al cuarto.

—¿Una novelita? Clara me ha dicho que es un libro de relatos.

—Bueno, lo que sea, novela o relatos. Hazme caso, te digo que a ti no te va a gustar.

Amores patológicos estuvo en su mesilla, tal y como yo lo había dejado, durante semanas. A veces había encima un vaso de agua, o una revista, o los anillos y pulseras que Elvira se quita antes de dormir. Esos eran los únicos cambios. Una noche, mientras esperaba que viniera a la cama, volví a abrirlo y empecé a hojearlo. Me reí otra vez del neurótico de Fernando y luego elegí un relato al azar. Estaba leyendo «Amor, calla, no hables», cuando mi mujer apareció. Al verla, me di cuenta de que tenía una erección enorme. Le di la espalda, cerré el libro y gruñí buenas noches. Me sentía igual que si me hubiera pillado masturbándome a escondidas. Elvira apagó la luz, me volví hacia ella y comencé a acariciarla. Se levantó el camisón y, cuando acabamos, le describí la última escena que había leído, pero lo hice como si el personaje de Susana fuera real y aquel día hubiese ido a mi consulta.

Le conté que al amante de Susana le gustaba que se afeitara el sexo y, antes de hacer el amor, le pintaba de rojo los labios de arriba y los de abajo. En tono de broma, le pregunté si ella haría algo así por mí. «No digas tonterías, Rafa», replicó. Se fue al cuarto de baño para limpiarse y, cuando volvió, me dio un beso y enseguida se durmió.

¿Cómo se me había ocurrido preguntarle semejante cosa? ¿Por qué le había mentido, convirtiendo en seres de carne y hueso a Susana y a su amante? Nunca he fantaseado con lo que me cuentan en la consulta y aún menos con llevarlo a la práctica. La primera condición para ser psiquiatra es tener muy clara la línea que separa la cordura de la locura. Mis pacientes están a un lado y yo estoy al otro. Para ayudarlos, no puedo escucharlos como si fuesen mis iguales ni pretender que se miren en mí como en un espejo. Eso son zarandajas psicoanalíticas. Sé por experiencia que los éxitos clínicos de esos narcisos son escasos. Trato a muchas personas que llegan rebotadas de sus consultas.

¿Por qué traté de ocultar cuando apareció Elvira que la lectura me había excitado? ¿Por qué me sentí culpable? Llevo tantos años sin leer literatura que quizá no supe valorar los efectos y por eso mi reacción fue tan extraña. Pero la historia no acabó ahí. Unas noches más tarde, la alarma de un coche me despertó. Sobresaltado, encendí la luz de mi mesilla. El estruendo no parecía molestar a mi mujer, que dormía tranquila boca arriba. Mientras la miraba, me di cuenta de que el libro

seguía a su lado. Con cuidado, extendí el brazo y lo cogí. Releí «Ven, ven, ven». Al terminar, contemplé a Elvira y, por un momento, pensé en dar marcha atrás, maniobrar para colocarme entre sus pies y avanzar con la boca abierta hacia su sexo.

—Rafa, ¿qué haces en la cocina?

—¿Y tú qué haces todavía en casa? ¿No ibas a quedar con Clara?

—Sí, pero no consigo hablar con ella. Comunica todo el rato. Aún no me has dicho qué haces en la cocina.

—Me estoy preparando un bocadillo.

—¿Ahora? Pero si acabamos de comer… Por favor, déjalo todo como lo has encontrado, que ya se ha ido Mati.

Eso estoy intentando, dejar mi vida en orden como siempre ha estado. A ver si, por fin, se va Elvira, saco al descansillo la maldita bolsa de basura y acabo con esto de una vez por todas. Ojalá lo hubiera hecho antes, la primera vez que mentí a Elvira, pero lo único que se me ocurrió fue agarrar un lápiz para tomar notas. Me convencí de que *Amores patológicos* podía ser leído desde un punto de vista profesional si consideraba a los personajes como pacientes potenciales. Con esa nueva disposición me dediqué a releerlo, ya no al azar, sino desde el principio hasta el final. Subrayé frases y llené los márgenes de las páginas de comentarios.

Mi mujer y yo llevamos juntos 25 años y, en ese tiempo, nuestra vida sexual se ha convertido en un ejemplo perfecto del buen funcionamiento del piloto automático. Conocemos de memoria nuestro ritual amoroso: la frecuencia, el escenario y el momento, los gestos iniciales, el orden de las exclamaciones y de los movimientos, el tiempo que tardamos, las expresiones finales de cariño… Me agrada esa rutina porque no me distrae de mi trabajo. Encajo bien en un engranaje así, preciso y… Preciso e higiénico, digamos. La simple lectura de aquellos relatos que me había regalado Elvirita desbarató la armonía.

—Rafa, me voy, ya he quedado con Clara. Volveré pronto.

—Que te diviertas.

Estaba tocado, pero me persuadí de que si la locura, que es real, no se me había pegado, las pasiones de unas criaturas de papel y tinta no podían llegar a perturbarme. Bajé la guardia, relajé los controles y las escenas eróticas de *Amores patológicos* invadieron espacios que desconocía, como esas fosas marinas, a miles de metros de profundidad, donde habitan especies desde hace millones de años sin que nadie sepa de su existencia.

En casa se me iba la cabeza a Julia, la viuda de Fernando, o a Nina, la novia de Juan, o a Elena, la amante de Nacho. Y no podía pensar en ellas sin desear masturbarme. Rehuía la mirada de mi mujer, temeroso de que sorprendiera en mis ojos, como si fuesen

pantallas, las escenas que más me excitaban. Al final, terminé implicándola. Quise oler su cuerpo, como Rosi hacía con Marcelo. Mientras la acariciaba, hundí la nariz en su pelo, continué por el cuello y seguí por las axilas. Elvira aguantó rígida hasta que me aproximé a su sexo. Entonces me pidió que entrara y, conmigo dentro, se removió con impaciencia para que acabara cuanto antes.

Su evidente malestar no me frenó. Un día, mientras se desvestía, le alcé un poco las tetas, como si fuese Paloma, pero enrojeció, me retiró las manos y se escabulló fuera del cuarto. ¿Cómo podía explicarle que deseaba meterme en el pellejo de unos personajes imaginarios? Ni siquiera yo entendía qué estaba pasando. Entraba en el baño por sorpresa cuando se estaba duchando. Elvira aguantaba un rato y enseguida salía y se ponía el albornoz. El día que traté de meter las manos entre sus piernas mientras estaba meando explotó. Pegó un bufido y rompió a llorar. No dejó que me acercara y, entre hipidos, me soltó que no me reconocía, que estaba muy raro y temía que estuviera a punto de venirme abajo. Tenía miedo de que le hiciera daño. Conseguí calmarla, le di un Valium, la llevé a la cama y esperé a que se durmiera.

Guardé *Amores patológicos* en un cajón de la mesa de mi despacho. Al verlo tan manoseado, pensé que aquellos relatos habían prendido fuego a un vertedero y las llamas se extendían sin control. Saqué de la biblioteca el DMS IV, la última edición del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Aún sigo buscando qué neurotransmisor tengo estropeado. En cuanto al libro, Elvira parecía haber olvidado su existencia hasta que hoy Clara le ha refrescado la memoria.

—Hola.

—¿Elvira? ¿Ya has vuelto?

—Me he dejado las gafas de sol. Pero ¿qué haces con la bolsa de la basura en la mano?

—Estaba muy llena y decidí cambiarla.

—¿No ves que está goteando? ¡Mira el suelo!

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—¿Seguro que te encuentras bien? No entras nunca en la cocina y hoy no hay forma de que salgas de ella.

—Sí, estoy bien. Anda, vete, que vas a hacer esperar a Clara.

—Ya me voy, pero por favor deja la bolsa en el cubo y pasa la fregona por donde has manchado.

¡Y ahora no puedo deshacerme de la bolsa de basura! A ver qué le digo a Elvira si esta noche la abre y descubre que he tirado *Amores patológicos*. ¿Pero qué diablos estoy haciendo? ¡Ya basta de tonterías! Soy el doctor Rafael Múgica. Soy el doctor Rafael Múgica. Soy el doctor Rafael Múgica. No tiene ningún sentido deshacerse del libro. Si

Elvira quiere leerlo, que lo lea. Es literatura. Solo literatura. Y lo que me ocurre a mí es un problema de serotonina. Cuanto antes empiece a medicarme mejor. Debo de tener Dumirox en el despacho.

—Rafa, ya estoy aquí.

—¿Qué te has dejado ahora?

—Nada. ¿Sigues en la cocina?

—Me estoy preparando un café.

—Prepara otros dos, por favor, para Clara y para mí.

—¿Para Clara?

—Sí, ha subido a casa conmigo. Con este calor no hay quien aguante en la calle. Aquí estaremos mejor.

—¡Qué sorpresa! Ahora mismo salgo a saludarla.

¿Dónde puedo meter el libro? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? En la caja de herramientas. Seguro que ahí no mira Elvira.

EPÍLOGO

Te voy a contar una historia.

El deseo es una liebre. Aparece, se refugia en tus brazos de un salto, y de un salto desaparece.

Ahí viene. La obsesión apunta, dispara y guarda la liebre herida en un sombrero de copa. Cada noche introduce la mano en el fondo oscuro y saca el deseo por las orejas. Ahí está, siempre lo encuentra: prisionero, mutilado, suyo.

Amores patológicos. ¿Y qué amor no lo es?

AGRADECIMIENTOS

A Nick, que está a mi lado desde hace mucho tiempo y, a lo largo del trayecto de este libro, se convirtió en organizador y anfitrión de reuniones de lectura. Seleccionó a los invitados, ofreció su casa, pinchó la música y preparó la comida, los curris más ricos del mundo.

A Lola, por ser mi mejor lectora, la más atenta, la más crítica y la más forofa.

A Antonio y Julián, por meterse en la vida de los personajes y hacerlos reales. Y por las risas.

A Diana y a su pequeñina, que me llevaron a Marina. A Marina, que me llevó a Marisa. Y a Marisa, por su lectura, por sus palabras y por hacer posible la inspiración final en su verde *minicomio*.

A mis padres, que me ayudaron a sacar horas para trabajar.

A Enrique, por confiar en mí.

A Patricia, que esparció las cenizas de Fernando por el mundo.

A Sigrid, por su amistad.

A Diego y a Alex, porque son Diego y Alex.

Y a Miguel, como siempre.